BOLSILIBROS BRUGUERA

SERVICIO SECRETO

EL DIABLO EN SAINT JUST

Curtis Garland

Era una pequeña estación después de Cayeux-sur Mer, antes de llegar a Boulogne-sur-Mer. El tren de París-Amiens-Calais, que tenía su origen en la Gare du Nord parisina, y enlazaba con el *ferry* que cruzaba el canal hasta Folkestone, en las Islas Británicas, se detenía escasos minutos en aquella estación.

Escasos, pero suficientes para que los viajeros, si los había, bajaran a tierra. Habitualmente no eran muchos, e incluso a veces no había ningún viajero, pero el furgón de cola del convoy ferroviario aprovechaba el momento para depositar en la estación el correo y la prensa del día.

Al solitario viajero de aquella tarde, le bastó con un solo minuto para bajar sus dos maletas y descender él mismo al andén.

Curtis Garland

El diablo en Saint-Just

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1430

ePub r1.0
LDS 23.11.18

Título original: *El diablo en Saint-Just*
Curtis Garland, 1978
Cubierta: Alberto Pujolar
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2

SS
SERVICIO SECRETO

CAPÍTULO PRIMERO

Era una pequeña estación después de Cayeux-sur Mer, antes de llegar a Boulogne-sur-Mer. El tren de París-Amiens-Calais, que tenía su origen en la Gare du Nord parisina, y enlazaba con el *ferry* que cruzaba el canal hasta Folkestone, en las Islas Británicas, se detenía escasos minutos en aquella estación.

Escasos, pero suficientes para que los viajeros, si los había, bajaran a tierra. Habitualmente no eran muchos, e incluso a veces no había ningún viajero, pero el furgón de cola del convoy ferroviario aprovechaba el momento para depositar en la estación el correo y la prensa del día.

Al solitario viajero de aquella tarde, le bastó con un solo minuto para bajar sus dos maletas y descender él mismo al andén.

No eran realmente dos maletas en el estricto sentido de la palabra, porque una era más bien una bolsa de viaje, y la otra un maletín. Pero sí eran, después de todo, dos piezas de equipaje, aparte su gabardina, que llevaba al brazo, quizá porque en París no hacía frío cuando él tomó el tren en la Gare du Nord.

Aquí era distinto. Apenas pisó el andén, se echó la gabardina sobre los hombros, y la prenda se agitó con la brisa húmeda y fría que barría el paraje, nuboso y triste, como lo acostumbran a ser casi todos los pueblos y ciudades del norte de Francia, bordeando el canal.

Miró su reloj el viajero solitario. Eran exactamente las cinco y quince minutos de la tarde, aunque dada la plomiza nubosidad y la tristeza ambiental, él hubiese jurado que era mucho más avanzada la hora.

Le habían hablado de los nublados de aquella región, de lo escaso que era el sol, y de las frecuentes lluvias y brumas que se

extendían durante el otoño y el invierno desde Cherburgo a Dunkerque. Pero siempre había pensado que la gente exageraba un poco la nota, dando una impresión pesimista del lugar adonde se dirigía.

Ahora comprendió que no le habían pintado el cuadro con colores demasiado sombríos. Es que, sencillamente, el cuadro era así.

Echó una ojeada a la pequeña estación. El jefe de la misma, era el único ser viviente a quien descubrió, aparte de sí mismo. Una valla de madera separaba el andén de la calle del pueblo, que corría paralela e inmediata a la vía férrea, y por ella solamente vio cruzar a un hombre con aspecto de vagabundo desocupado, que miró al tren distraídamente, siguiendo su camino calle abajo.

Frunció el ceño. Leyó el rótulo sobre el andén:

SAINT-JUST-SUR-MER

No había error. Era allí, después de todo.

El convoy emitió una señal, de aviso. Luego, se puso en marcha. La locomotora Diesel empezó a arrastrar los vagones rotulados con las siglas SNCF, de la Société National des Chemins de Fer.

El jefe de estación, tras dar la salida al convoy, se adentró en sus oficinas, dejando vacío el andén, a excepción del solitario viajero llegado de París.

El denso nublado color pizarra empezó a hacer de las suyas. El viajero notó que unas gotas menudas y gélidas golpeaban sus manos y su rostro, como pequeñas agujas de hielo. Estaba comenzando a lloviznar.

Suspiró, tomando de nuevo sus maletas, y echo a andar hacia la salida de la estación. Algo más abajo, en un recodo de la calle, descubrió al salir la presencia de varios taxis locales en hilera. Eran todos ellos modelos «Citroën» de color azul pálido.

Pensó en tomar uno para dirigirse a cualquier hotel de la localidad. Entonces se fijaron sus ojos en un par de negocios situados casi frente por frente a la estación, aunque un poco más arriba de la calle.

El primero era un pequeño café con dos vidrieras polvorientas y aspecto antiguo, sobre cuya puerta se leía su nombre:

CAFE DE LA GARE

Al lado, unas puertas más arriba, otro edificio anunciaba pomposamente sobre su fachada, de ventanas provistas de persianas de madera graduables:

HOTEL DE
L'ETOILE

Se encaminó al primero de ambos lugares. Tenía ganas de tomar algo caliente, antes de buscar alojamiento. Empujó la puerta vidriera, que hizo sonar una tintineante campanilla, y se encontró en un local alargado y desierto, de asientos de madera, tapizados de vieja pana verde, deslucida, brillantes adornos de latón, entre ellos unas esferas para guardar dentro de ellas los paños de los camareros o la prensa del día, y un mostrador pequeño, al fondo, ante un espejo repleto de estanterías donde lo que más abundaban eran marcas de coñac, absenta y aperitivos.

No vio el menor rastro de camareros o de clientes por parte alguna. De una puerta pequeña, situada junto a otra destinada a los servicios sanitarios, a un lado del mostrador, surgió una mujer canosa, de edad indefinible, maquillaje polvoriento, ropas desaseadas, y un cigarrillo colgando de sus labios.

—Ya va, ya va… —rezongó con voz aguardentosa, aunque nadie le daba prisa—. ¿Qué es lo que quiere?

—Un coñac —dijo el viajero, con un asomo de sonrisa que la mujer no se dignó siquiera acusar.

—¿Alguna marca en particular? —Bostezó ella, sin que dejara de colgarle el cigarrillo de su labio inferior, arrastrando los pies hacia detrás del mostrador.

—Es igual. Mientras quite el trío…

Le puso una copa de «Remy Martin», con un encogimiento de hombros, y manifestó:

—Son dieciocho francos. Servicio comprendido.

—Vaya… —comentó el viajero, poniendo sobre el mostrador dos billetes marrón, con el rostro de Berlioz[1]—. Vale lo mismo que tomarlo en una terraza de Montmartre o de los Campos Elíseos.

—Pues haberse quedado en París a tomarlo —replicó agriamente la mujer, tomando los dos billetes y devolviéndole una moneda de

dos francos con aire displicente. Luego, desapareció por la misma puerta, refunfuñando para sí algo ininteligible.

Evidentemente, pensó el viajero, la gente no parecía ser demasiado hospitalaria en Saint-Just-sur-Mer. Sacudió la cabeza, apurando la copa de «Remy Martin».

Salió del café, donde pese a no resultar acogedor el ambiente, contrastaba notablemente su tibia temperatura con el frío húmedo que se acusaba ahora en el exterior. La llovizna persistía, empezando a mojar ya el asfalto del pequeño lugar. Algunas luces de alumbrado público, empezaban a brillar ya en la rué de la Gare.

Llegó ante el Hotel de
L'Etoile.
Se preguntó si resultarían igual de amables que en el bar. Pero como no tenía otro remedio que buscar alojamiento para aquella noche, optó por probar.

Como sucediera en el café, no vio inicialmente a nadie en el vestíbulo del hotel. El mostrador de recepción, con sus casilleros y sus llaves, también aparecía vacío. Sobre el mismo, folletos de turismo, muchos de ellos relativos a excursiones por el canal o al *Sealink*, el *ferry* entre Calais y Folkestone, aparecían diseminados sin que, al parecer, nadie les hubiera prestado nunca demasiada atención.

Esperó unos momentos, tras depositar su equipaje en el suelo. Ante la ausencia prolongada de recepcionista, oprimió un timbre situado sobre el mostrador. Sonó con fuerza en el silencio del recinto, y una voz respondió a distancia:

—¡Si, sí, ya voy! Un momento, por favor…

Oyó ruido de platos y cubiertos en alguna parte. Luego, unos pasos se aproximaron, y apareció una mujer pelirroja y robusta, secándose las manos en su delantal. Le miró, pensativa, y el viajero expuso sus deseos:

—Quiero una habitación y cena. ¿Es posible, señora?

—Oh, claro que si —asintió ella, escudriñándole con sus ojos azules. Rodeó el mostrador de recepción y giró hacia él un libro de registro, al que iba enganchado un bolígrafo con una cadenita—. ¿Viene de París?

—Sí, vengo de París.

—¿Es acaso viajante, representante comercial o algo así, señor…

—Miró el registro, donde él acababa de consignar su nombre con letra clara y pulcra— señor Ferrand?

—No, no soy viajante ni represento artículos comerciales, señora —negó él, sin aclarar más. La miró, expectante—. ¿A qué hora sirven la cena, por favor?

—De ocho y media a diez —dijo ella—. Ni un minuto antes, ni un minuto después. Deberá excusar el servicio, pero el conserje tiene su día libre, y la doncella se despidió ayer. Está mal la cuestión doméstica, señor. Hoy, debo ocuparme yo de todo en el hotel. Pero no debe preocuparse. Sé cocinar muy bien. No se quejará de la cena, estoy segura. En cuanto a las habitaciones, son sencillas pero limpias. Tome su llave: es la habitación 110, en el primer piso. ¿Sólo va a quedarse una noche?

—Depende de ciertas cosas —suspiró el viajero—. Mi idea es quedarme en Saint-Just algún tiempo, pero no sé aún si tendré que vivir de hotel o de alguna otra forma, señora…

—Roquevert —se apresuró a decir ella—. Jeanne Roquevert. Soy la dueña del negocio, y lo llevo yo todo desde la muerte de mi difunto esposo. Ahora deberá perdonarme, si no le subo el equipaje a su habitación, pero si desea cenar puntual, debo volver a la cocina.

—No se preocupe por mí, señora Roquevert —sonrió el viajero —. Me las sé arreglar solo.

Ella se alejó, y el hombre llegado de París meneó la cabeza, algo perplejo, comenzando a subir las escaleras. Se preguntó si todo el mundo en Saint-Just sería tan raro e insólito como la dueña del café y la hostelera. Aunque esta última pareciera mucho más amable, pero no dejaba de sorprender un hotel sin servicio alguno…

La habitación 110, en efecto, resultó limpia, pulcra y confortable, pese a la sencillez de su mobiliario y la ausencia total de lujos. Tenía un pequeño aseo anexo, que era más de lo que el viajero había esperado de un hotel como aquél, y la ventana se abría a la parte posterior de la rué de la Gare. Desde ella oteó una plazuela con una bella iglesia, una calle al parecer destinada al comercio local, y algunos callejones empedrados que conducían a los barrios marineros, muy próximos. Saint-Just era un pueblo pequeño y pintoresco. Su litoral se dividía en una corta franja de playa y los embarcaderos de pesca, junto a un espigón y un

pequeño faro. Las gaviotas sobrevolaban, chillando agriamente, las embarcaciones pesqueras que iban arribando con la caída de la tarde. El agua del canal, se mostraba plomiza y agitada. En la distancia, las brumas marinas borraban cualquier posible perfil de las costas británicas situadas al lado opuesto.

La visibilidad era ya muy escasa y, aquí y allá, las luces eléctricas iban salpicando de puntos luminosos el panorama gris oscuro del anochecer.

El viajero regresó al interior de la habitación, cerrando la ventana, y dio la luz. Una bombilla brilló sobre su cabeza, colgando del techo, bajo la protección de una pantalla color naranja. Un espejo del armario le devolvió su imagen. Se contempló, pensativo.

Su alta figura destacaba mejor con ropas de *Hamlet*, de *Cyrano* o de *Romeo*. Pero eso era agua pasada para él. No debía pensar en ello, por mucho que le atrajeran los escenarios de París. En realidad, difícilmente podía soñar con llegar a ser el Príncipe de Dinamarca, el narigudo gascón o el hermano joven de la familia Montesco de Verona, en un teatro de la capital. Todo se reducía habitualmente a cortas jiras por provincias o a aisladas representaciones en el extrarradio parisino. Y en numerosas ocasiones, ni siquiera podía interpretar el protagonista, sino un papel secundario, el que le ofrecía la compañía de turno, si es que quería comer y pagar sus deudas con su patrona de Pigalle.

No eran buenos tiempos para ser actor teatral. Al menos, siendo un actor vulgar, sin fama ni prestigio. Decían que era un buen declamador, que tenía porte y arrogancia, y una bonita voz. Que gustaba a las mujeres. Pero que actores como él había demasiados. Creyó que aquel día en que le contrató para un pequeño papel en una película de aventuras un director de la fama de Melville, y cuándo recibió una carta de Clouzot para una prueba de fotogenia previa al rodaje de un papel en uno de sus films de *suspense*, el futuro se le presentaba lleno de promesas.

Pero Clouzot no llegó a filmar aquella película, y su trabajo con Melville pasó desapercibido a crítica y empresarios. Todo había sido una simple esperanza que no se cumplió. Vuelta a las compañías y a las jiras de provincias, vuelta a los apuros económicos.

Y, de repente, aquello.

La carta de *monsieur* Noel Girard, notario de Saint-Just-sur-Mer.

Y todo lo demás. Ahora estaba allí. El notario sólo tenía oficina de 9 a 1 de la mañana, según rezaba en su membrete. Por tanto, tendría que esperar al día siguiente. Pero eso no era problema. Disponía de todo el tiempo del mundo. Aunque de muy poco dinero en efectivo.

Sin embargo, el pasaje de aquella carta que había leído tantas veces, era confortante en alto grado, pese a su escasez de medios:

> «… y estoy autorizado, *monsieur* Ferrand, a adelantarle cualquier suma razonable de dinero, sobre el valor de sus actuales bienes, tal y como fueron tasados en su momento por el tribunal de esta población».

Cualquier suma razonable de dinero. Sí, muy confortante. Quizá incluso podrían anticiparle mil francos. O más. Ni siquiera sabía cuál era la evaluación de esos bienes llovidos casi milagrosamente del cielo…, si es que su tío Claude estaba realmente allí, después de muerto. En realidad, jamás tuvo el menor contacto con su tío Claude, ni sabía de su vida y milagros. Pero ahora, era su heredero. Su único heredero en el mundo.

Y por eso estaba ahora allí, en un lugar insignificante de la costa norte de Francia, frente al canal de la Mancha, llamado Saint-Just-sur-Mer. En aquel hotel cercano a la estación.

Meneó la cabeza, apartándose del espejo y quitándose las ropas para tomar una ducha antes de bajar a cenar.

Cuando estuvo aseado y afeitado, tomó un traje nuevo de su maleta, y se sintió bastante mejor.

Justamente entonces, sus ojos se clavaron en el objeto blanco y cuadrangular que aparecía en el suelo. Estaba junto a la rendija inferior de la puerta. Sin duda había sido introducido por ella.

Era un sobre cerrado.

Se inclinó a recogerlo. Observó que no tenía membrete y era de papel corriente, sin forrar. Lo desgarró, sorprendido, al ver que no mostraba nombre alguno en su blanca superficie. Tal vez era un error de alguien, un mensaje equivocado. A él no le conocía nadie en aquella población.

Extrajo un papel doblado. Lo desplegó. Era un breve mensaje

escrito con letra mayúscula y desigual:

> «Márchese de Saint-Just. Es lo mejor. ¿O quiere reunirse con su tío?
>
> »No le queremos aquí. Aún puede salvar su vida».

No tenía firma. Y no parecía ser un error. Allí mencionaban a su tío. Evidentemente, él era el destinatario de la extraña nota.

Abrió la puerta, asomando al corredor. Miró a ambos lados. Estaba todo vacío. Ni señal alguna de una presencia humana. Aunque cualquiera de aquellas puertas podía ocultar al misterioso emisario.

Regresó al interior de su habitación el joven actor. Releyó el mensaje inexplicable.

—No hay duda —se dijo entre dientes, con gesto preocupado—. Es una amenaza de muerte. Pero ¿de quién, y por qué motivo?

CAPÍTULO II

Madame Roquevert no había exagerado. Era una notable cocinera.

El consomé estaba excelente, la verdura en *bechamel* gratinada estaba en su punto, y el pescado con guarnición, condimentado al horno con vino blanco y especias, formaron un pequeño banquete apetitoso y grato, que el buen vino de Macon regó de forma adecuada. El postre de repostería tampoco desmereció del resto del menú.

—Mi más cordial enhorabuena, *madame* —dijo Ferrand, al término de la cena—. No sólo no exageró usted lo más mínimo, sino que aún se quedó corta. Ni siquiera en París he probado mejor cocina que aquí.

—Oh, es usted desmedidamente amable, *monsieur* Ferrand —declaró la dama, casi sonrojándose, al recoger los servicios de su mesa—. Lástima que en este tiempo, sean tan pocos los que prueban mi cocina…

Asintió el joven actor, mirando en torno distraídamente. No podía ser más desolador el aspecto del comedor del Hotel de L'Etoile.

El en una mesa, una pareja de mediana edad en otra, y un caballero canoso, con gafas, en la tercera y última. Era todo el pupilaje, en apariencia, del negocio de *madame* Roquevert en esos momentos.

Ferrand se preguntó si alguno de ellos tendría algo que ver en el extraño mensaje depositado en su habitación mientras se duchaba. Su apariencia era totalmente inofensiva. Y él estaba en aquel hotel por simple casualidad. ¿Cómo supo alguien que él era Marcel Ferrand, de París, heredero de Claude Ferrand, muerto en Saint-Just, y que había ido a alojarse en aquel hotel precisamente? Las cosas no tenían mucho sentido de momento.

—¿Sabe si entró alguien detrás de mí en su negocio, hoy por la tarde? —preguntó de repente Ferrand a la patrona, cuando ésta regresó para terminar de recoger su mesa.

—¿Detrás de usted? —Ella le miró perpleja—. No, que yo recuerde. Ningún cliente, eso desde luego. Eso sí, llegó Lucien…

—¿Lucien? ¿Quién es?

—Lucien Bertrán, el repartidor del almacén. Acostumbra a servir a los hoteles, fondas y cafés las provisiones y licores que se encargan al almacenista, *monsieur* Vanel… ¿Por qué lo pregunta, *monsieur*?

—No, por nada… —Hizo un gesto vago, como quitando importancia a lo dicho—. Creí que alguien había preguntado por mí, o había subido a llamar a mi cuarto mientras me aseaba.

—Que yo sepa, no. Estuve todo el tiempo en la cocina, excepto cuando Lucien me llamó y descargamos las provisiones, pero no creo que viniese nadie. Además, ¿conoce usted a mucha gente en Saint-Just?

—No, a nadie —sonrió Ferrand, sacudiendo la cabeza—. No se preocupe, *madame*. Creo que estoy equivocado. Bien, buenas noches. Voy a tomar café aquí cerca. Mañana comeré en su hotel, esté segura.

—Hasta mañana entonces, *monsieur*. Tenga cuidado, porque está lloviendo.

Salió a la calle, Ferrand. Era cierto. La llovizna se había hecho persistente y molesta. El asfalto aparecía negro y charolado, reflejando las luces del alumbrado público. Observó que el Café de la Gare estaba ya cerrado a cal y canto. Dio media vuelta, entrando por una calle adyacente, y fue a parar a la plaza de la iglesia. La bruma, hacia el mar, se había espesado. La brisa era húmeda y fría. No se veía a nadie por las calles.

Vio las luces de otro café, situado no lejos del templo. Cuando estuvo cerca, vio que era tan viejo como el de la estación, pero bastante más amplio. Había un pequeño restaurante anexo. Ambos ostentaban el mismo nombre:

CAFE-RESTAURANT DE LE PETIT NORMAND

Entró. El aire cálido resultó acogedor. Los escasos clientes se volvieron a mirarle, con gesto de sorpresa y curiosidad. Enseguida

debieron comprender que era forastero. Allí, en Saint-Just, todos se conocían.

Ferrand se acomodó ante una mesa de mármol, y pidió café y un coñac al viejo camarero de calva mal disimulada por unas mechas peinadas lateralmente con mucho fijador. El hombre asintió, sin dejar de mirarle con provinciana curiosidad.

Mientras tomaba a pequeños sorbos el café negro y fuerte, observó que la gente seguía mirándole de soslayo. Se respiraba un extraño clima de recelos y de hostilidad, que Marcel Ferrand sabía que no correspondía a los hospitalarios pueblos franceses de escasa comunidad. Era como si Saint-Just-sur-Mer fuese diferente a todos los demás que él conocía.

Pero diferente, ¿en qué y por qué?

—¿Señor Ferrand?

—Sí —perplejo, sobresaltado, alzó la cabeza, mirando con estupor al viejo camarero—. Yo soy. ¿Cómo sabe…?

—Le llaman al teléfono, *monsieur* —le interrumpió el hombre, indiferente, señalando hacia un punto, al fondo del café, junto a los espejos que decoraban los laterales del largo mostrador de madera y cinc.

—¿A mí? —La sorpresa del joven actor creció de punto—. No lo entiendo…

—Preguntaron por el señor Marcel Ferrand, de París —puntualizó, seco, el camarero—. ¿Ése es su nombre?

—Sí, gracias —se abstuvo de dar más explicaciones, y se puso en pie, yendo rápidamente hacia el teléfono. Era de esos modelos de centralilla local, no automatizado. Se preguntó si sería una llamada de París, pero enseguida rechazó la idea por absurda. ¿Quién iba a localizarle en aquel café *precisamente*, en un pequeño lugar llamado Saint-Just-sur-Mer, desde el propio París, y con qué motivo? Ni siquiera su agente artístico o la dulce y complaciente Marie-Claire sabían dónde estaba en estos momentos.

Tomó el teléfono. Preguntó, cauto:

—¿Sí? Aquí Ferrand. ¿Quién llama?

Una pausa. Nadie respondía. Iba a repetir sus palabras, cuando la voz sonó al otro extremo del hilo:

—Señor Ferrand, no olvide lo que ha leído hoy en ese mensaje. Su vida depende de ello.

—¿Quién está hablando? —El forastero se envaró, con cierto sobresalto, y su voz se hizo tensa—: ¡Vamos, responda!

Una risa extraña, sibilante, prolongada, llegó por toda respuesta a través del teléfono. Era como una carcajada burlona, suave, que tenía mucho de maligna. Luego, la voz de su misterioso comunicante hizo algo absurdo e incongruente.

Comenzó a cantar.

Perplejo, Marcel contempló el auricular telefónico, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo, o como si fuese objeto de una burla estúpida y cruel.

Aquella voz burlona estaba entonando una tonadilla pegadiza, popular, fácilmente identificable, pero sin definir su letra, solamente canturreándola como lo haría un niño o un demente, sin pronunciar palabras.

Era La vie en rose.

Duró aquella especie de balbuceante canturreo cosa de unos ocho o diez segundos, y de pronto, se quebró en una nueva risita chillona, al tiempo que Marcel exigía, apretando con ira el teléfono:

—¡Vamos, vamos, responda de una maldita vez, chiflado! ¿Qué diablos significa todo esto?

Tras la risa, aquella voz reflejó una inquietante perversidad en sus palabras, desgranadas suavemente a través del hilo telefónico:

—Está advertido, señor Ferrand. No diga después que no le avisé… Si no se va pronto de Saint-Just… morirá. *Yo* le mataré.

Y el seco «clic», brusco y repentino, señaló el fin de aquella comunicación.

Se quedó quieto durante unos momentos Marcel, todavía con el teléfono en la mano, creyendo oír aún la melodía de *La vida en rosa*, tal como la había tarareado el misterioso comunicante. Luego, miró la caja y la manivela con ira, y giró ésta, pidiendo contacto con la centralilla.

Una voz femenina, monocorde y somnolienta, sonó en sus oídos:

—¿Número, señor?

—Escuche, señorita —dijo abruptamente Marcel—. Estoy en el café Le Petit Normand. Acabo de recibir aquí una llamada de alguien. Usted puede decirme de qué teléfono del pueblo partió esa llamada. Puede ser importante.

—Lo siento, señor. No estoy autorizada a informar a nadie sobre

eso.

—Es más serio de lo que imagina. Soy forastero. He llegado hoy de París. Y acaban de amenazarme de muerte por teléfono. ¿Lo entiende bien? Si no me da esa información ahora mismo, tendré que recurrir a la policía.

—El reglamento nos impide dar información sobre nuestros abonados, señor —se excusó la telefonista—. De todos modos, no podría decirle quién hizo la llamada.

—¿Por qué no?

—Porque la comunicación provenía de un teléfono público, exactamente el de la Brasserie du Nord. Si eso aclara algo sus dudas, señor…

—¿Dónde está esa Brasserie? —quiso saber Marcel con aspereza.

—Al final del muelle de pescadores, *monsieur*. Acostumbra haber mucha gente. Es un sitio muy frecuentado, y el teléfono está cerca de los billares. No creo que aclare mucho allí, si quien comunicó con usted no quiere ser identificado. ¿Dice que le amenazó de muerte?

—Sí, eso es lo que hizo.

—Si quiere denunciar el hecho a la policía, puedo ponerle con el cuartelillo de los gendarmes y pedir por el comisario Dassin…

—No, gracias. Ya lo haré por mí mismo —cortó Marcel, secamente, colgando el aparato.

Se volvió. Algunas cabezas estaban giradas hacia él, con huraña expresión. Al moverse él, todos volvieron a sus cosas, como si en ningún momento se hubieran preocupado del forastero…

Seguro que muchos de ellos habían oído sus palabras. Pero no captó en sus expresiones señal alguna de interés o de simpatía. Era como si no quisieran saber nada de sus asuntos, o no les preocupara lo más mínimo la suerte de un forastero.

Marcel pagó su consumición y salió del café malhumorado, encaminándose rápidamente hacia las brumas del puerto. Sus pisadas sonaron huecamente en el asfalto, sobre el que la persistente llovizna iba formando ya pequeños charcos oscuros.

Tuvo que subirse el cuello de la gabardina y hundir las manos en sus bolsillos. El aire era helado y saturado de humedad. Caminó resueltamente en dirección al lugar indicado por la telefonista. Guiado por el nombre del local, buscó el lado norte de los muelles,

y pronto descubrió la luz de la Brasserie du Nord, al final de una manzana. Había varios automóviles aparcados ante ella, con una película de humedad sobre sus capotas.

Ciertamente, era un lugar frecuentado. Observó el humo que empañaba los vidrios de las cristaleras. Empujó la puerta vidriera resueltamente, y se encontró encarado a un local acogedor, cálido, donde se servían indistintamente cenas, bebidas o café. También había pastas y repostería en otro mostrador. Al fondo de la sala, una escalera conducía a unos bajos donde se jugaba al billar, según indicaba un rótulo.

Cruzó entre los presentes, no sin recibir alguna que otra mirada de curiosidad manifiesta. Todos parecían saber que él era forastero allí. Abundaban los pescadores, y quizá los demás eran comerciantes, empleados y gente de posición social en Saint-Just, repartidos en diversas tertulias. Algunos jugaban a naipes en mesas situadas al fondo.

Alcanzó la escalera. Asomó por ella. Algunos hombres jugaban abajo al billar. Oyó el choque de las bolas de marfil. Sus ojos se fijaron en un teléfono colgado del nutro, a la entrada de la sala de billares, separado de ésta por un tabique de madera y vidrio escarchado. Si alguien lo utilizó en un momento dado, difícilmente lo advertiría nadie.

—¿Busca a alguien, señor?

Se volvió, clavando sus ojos en la persona que le había hecho la pregunta. Casi se quedó sin aliento.

Estaba ante los senos más impresionantes que le había sido dado contemplar. Emergían tumultuosamente de un vestido de raso negro, sobre el que había un delantal color salmón. Por encima de la protuberancia impresionante de aquel torso de mujer, un rostro malicioso y una cabellera rubia, rizosa, destacaban sin llegar a eclipsar el poderoso atractivo de aquel seno femenino, generoso y exultante. Los ojos claros eran penetrantes, y la sonrisa de la boca gordezuela, resultaba incluso insinuante.

—Sí, buscaba a alguien, pero no lo encuentro —manifestó Marcel Ferrand, no pudiendo evitar que su mirada siguiera fija en el increíble diámetro pectoral de la dama.

—¿Puedo ayudarle? —sonrió ella—. Conozco a casi toda mi clientela, *monsieur*.

—Es un hombre que me telefoneó hace unos momentos al café de Le Petit Normand —explicó Ferrand con tono de indiferencia—. Me citó aquí, para hablar de negocios. Y no veo a nadie.

—¿No le dio su nombre?

—No. Dijo que estaría junto al teléfono, pero no veo a nadie. No hace ni cinco minutos que telefoneó. Tal vez usted le viera y sepa quién es…

—Lo siento. No es fácil ver nada, cuando se tiene mucho trabajo —ella meneó su rubia cabeza, mirándole con malicia—. Soy Nicole Zotterg, la dueña de este local.

—Encantado, *mademoiselle* Zotterg… No es un nombre muy francés, ¿no?

—Belga —suspiró ella—. Y no soy *mademoiselle*, sino *madame*.

—Lo celebro por *monsieur* Zotterg —sonrió Marcel—. Tiene mucha suerte.

—No lo crea. Murió hace ocho años —rió ella suavemente—. Usted me cae simpático, *monsieur*. Es forastero, ¿verdad?

—Por supuesto. Bien, si no encuentro a mi hombre, tendré que sentarme y tomar algo.

—Puedo llamarle en voz alta. Si quiere verle, acudirá sin duda…

—No, no se moleste. Me temo que me gastaron una broma pesada. Si no pudo ver a mi comunicante, no vale la pena insistir en ello. Tomaré algo. Un coñac, por ejemplo. Hace mucho frío esta noche.

—Y todas las noches. En esta época del año, Saint-Just es un sitio poco acogedor. Mire, allí tiene una mesa —se volvió de pronto, hacia la escalera, por la que subía alguien en ese momento—. Oh, *monsieur* Vanel. ¿Cómo fue esa partida hoy?

—Mal —gruñó el hombre canoso y nervudo que subía la escalera de caracol—. Ese maldito Gravet hizo más de veinticinco carambolas seguidas. Cuando tiene su noche…

Monsieur Vanel, este caballero es forastero, y acudió a reunirse aquí con alguien —explicó la belga de los grandes senos—. Pero no sabe quién es esa persona, salvo que le telefoneó al café de Le Petit Normand hace unos minutos… ¿Pudo usted ver telefonear a alguien?

—Pues no. Estaba demasiado ocupado con la partida —el hombre contempló a Ferrand con cierta desconfianza, desde su

rostro ancho y rugoso—. Pero es raro que le cite alguien a quien no conoce, ¿no, *monsieur*?

—Sí, algo raro —suspiró el joven—. Creo que todo fue una broma de mal gusto. Gracias, *monsieur* Vanel. Usted es el propietario del almacén local, ¿verdad?

—Sí. ¿Quién se lo dijo? —Pestañeó el hombre del pelo gris y hosco.

—Mi patrona, *madame* Roquevert. Estoy en su hotel.

—Oh, comprendo —pasó por su lado, caminando pesadamente—. Siento no poderle ayudar. Sólo recuerdo haber visto al teléfono hace un rato al padre Laborde. Y no creo que él le gastara a nadie ninguna broma de mal gusto… Buenas noches, *monsieur*. Adiós, Nicole.

Vanel, el almacenista, se alejó con sus andares toscos y pesados. La puerta de la Brasserie se cerró tras de él. Nicole Zotterg y Marcel Ferrand se miraron. La valla imponente del busto de la belga, se interponía entre ambos como una barrera infranqueable.

—Voy a tomar mi coñac, *madame* —musitó Ferrand—. Gracias por todo. ¿El padre Laborde es de fiar?

—Es nuestro párroco —rió ella—. Un buen hombre, incapaz de molestar a nadie. Siéntese, le serviré enseguida, *monsieur*…

—Ferrand —dijo el joven—. Marcel Ferrand.

—¿Ferrand? —Ella se quedó mirándole ahora con brusca sorpresa. Sus ojos brillaron—. No será… el heredero de la Maison Rose.

—¿Heredero de… qué? —replicó el joven, perplejo.

—La Maison Rose —repitió ella—. Me refiero a… a la propiedad de Claude Ferrand.

—Posiblemente. Claude Ferrand era mi tío. Yo soy su heredero.

—Dios mío —la belga se mostró repentinamente inquieta, sin razón aparente—. Le… le traeré su coñac.

No dijo más. Pero había cambiado repentinamente. Marcel, desorientado, se acomodó en una mesa del local de humeante atmósfera. Ni siquiera la llegada de *madame* Zotterg, con la copa de coñac, y la exhibición impresionante que de sus gigantescos pechos hizo al inclinarse hacia él, logró sacarle de su abstracción.

Ella se alejó rápida, como si eludiera la charla ahora. Ferrand había oído hablar por vez primera de un lugar llamado la Maison

Rose.

Y, de repente, había asociado el nombre de esa finca con una canción siniestramente tarareada al teléfono.

La Casa Rosa y *La vida en rosa*. ¿Tenía eso alguna relación entre sí?

CAPÍTULO III

Monsieur Noel Girard era un hombre pintoresco, casi cómico.

En otras circunstancias, Marcel se hubiera reído de su apariencia, pero ahora, sin saber la razón, había perdido en gran parte su habitual sentido del humor.

El notario Girard era un hombrecillo menudo, flaco y descolorido, de cráneo muy calvo, nariz ganchuda, cuello huesudo, de colgante pellejo y abultada nuez, y una boca ancha y delgada como un buzón postal. Sin embargo, sus ojillos menudos y oscuros eran fríos, astutos, revelando inteligencia.

—Pase, pase, señor Ferrand —saludó cortésmente a su visitante matinal, estrechando su mano con calor, e indicándole un asiento tapizado de cuero, en su tradicional y sobrio despacho de la rué de la Republique, en Saint-Just-sur-Mer—. Estaba esperando su llegada.

Marcel se acomodó en un asiento, ante la mesa de trabajo del notario, y contempló distraídamente los volúmenes que llenaban las estanterías de las paredes; la mayor parte de ellos dedicados a estudios legales y expedientes notariales encuadernados pulcramente.

Rechazó un cigarro que le ofreció su interlocutor, y esperó a que el notario pusiera en orden una carpeta, mientras un alto reloj de pie desgranaba lentamente su monótono
tic-tac.

Fuera, en la calle, a través de los cristales de un balcón bajo, era visible la llovizna y el gris desapacible de una mañana típica de la zona del canal.

—Bien, señor Ferrand, como le dije en mi carta, su tío Claude Ferrand le nombró a usted su heredero universal, ante la total

ausencia de otros parientes más próximos, y me costó algún tiempo dar con usted, puesto que sólo sabía de su persona lo que su propio tío me contó de usted. Que era un bohemio, un actor teatral, y andaba por París o por provincias, trabajando en teatro o cine.

—No creí nunca tener un tío que se preocupara de mí. Y menos aún que me dejara sus bienes, señor Girard.

—No voy a engañarle, amigo mío. Su tío no era precisamente un multimillonario, pero tampoco era un hombre pobre. Su finca, la Maison Rose, está situada en una zona de gran porvenir, que puede subir notablemente de valor si se lleva a cabo el proyecto de industrialización pendiente de revisión gubernativa. Eso, por un lado. Por el otro, están sus valores y acciones, depositados en el Banco local, así como su cuenta corriente, que pasa a ser suya, tras una serie de pequeños trámites y el pago de los correspondientes impuestos.

—En definitiva, señor Girard, quiere usted decirme que no sueñe con ser un hombre rico, pero que el bueno de tío Claude me dejó, al menos, cuanto él poseía, ¿no es eso?

—Mi trabajo, señor Ferrand, me ha hecho ser sumamente cauteloso —declaró ambiguamente el notario—. No quiero nunca despertar equivocadas ilusiones en mis clientes. Pero la verdad es que puede usted disponer, ahora mismo, si lo desea, de un crédito de hasta diez mil francos en el Banco donde su tío poseía todos sus bienes en metálico, posiblemente ampliable en su momento a una suma doble de la indicada, y que si hipotecase la Maison Rose en estos momentos, el mismo Banco me ha indicado que estoy autorizado a señalarle la cifra de cincuenta mil francos. Aunque personalmente no sea partidario de tal hipoteca, puesto que si el plan de industrialización de la zona se lleva a cabo el próximo año, su propiedad vería elevarse su valor real a más de doscientos cincuenta mil francos.

—Cielos… —Silbó entre dientes Marcel—. Para un hombre que cuando mayor sueldo ha ganado en el teatro, cobró mil francos a la semana, esas sumas resultan impresionantes. No ambicionaba tampoco ser millonario, de modo que agradezco a tío Claude cuanto me dejó, como si hubiera sido una inmensa fortuna, señor Girard.

—Me alegra que se sienta satisfecho —sonrió el notario—. Ahora, por favor, deme una serie de datos, firme unos documentos,

y espere las gestiones que debo realizar para hacer legal toda esta operación de herencia. Le daré también un documento para que, si lo desea, cobre esa suma a crédito y pueda visitar cuando guste su propiedad.

—La Maison Rose, —habló Marcel entre dientes, con gesto reflexivo—. ¿Cómo es exactamente, señor Gerard?

—Un viejo caserón rodeado de bosques y jardines en total abandono. Desde que enviudó, su tío no se preocupó demasiado de la finca. Ni siquiera vivía en ella, sino en un piso arrendado de Saint-Just. Pero eso sí, solía pasar en ella algunos fines de semana, quizá para sentirse más solo y tranquilo.

—¿Por qué se denomina así?

—¿Casa Rosa? Porque tiene ese color. Sus muros son de color rosado, o al menos lo fueron alguna vez. Ahora, resulta difícil definir el tono de esas paredes agrietadas y vetustas.

—La descripción no resulta muy esperanzadora —sonrió Marcel, con ironía.

—No quiero que se decepcione al verlo —rió el notario empezando a preparar documentos para la firma—. Restaurarla costaría mucho dinero. En cambio, sus terrenos tendrán un alza notable de valor si ese plan industrial se lleva a cabo.

—¿Y si no se llevase a cabo? —sugirió Marcel.

—En ese caso, le aconsejaría hipotecarla o venderla. Pero creo que hay un setenta por ciento de posibilidades de que la propiedad se revalore, ya que la comarca necesita de la creación de industrias nuevas, y *monsieur* Bonzac tiene grandes influencias en el Gobierno.

—¿Bonzac? ¿Quién es?

—Bueno, ya oirá hablar de él. Valéry Bonzac es el hombre más rico de la región. Un financiero importante.

Medio pueblo es suyo. El dinero le viene de su esposa, de una boda de interés. El ha de instalar esas industrias y dar trabajo a cientos de obreros. Será algo muy próspero para Saint-Just. Y para el propio Bonzac, claro está. El no es un altruista, sino un hombre de negocios. Posiblemente reciba alguna oferta suya. Le aconsejo no vender.

—¿Por qué?

—El le haría una oferta por el valor actual de la finca, o algo más para aparentar generosidad, pero ese terreno de su tío le será

muy útil para levantar factorías, ya que tiene el río al lado, y lo flanquean las zonas acotadas para las demás industrias. Su tío recibió varias ofertas de Bonzac. Las rechazó todas.

—Ya. —Marcel se frotó, pensativo, la frente con sus dedos, antes de preguntar—: ¿Cómo murió mi tío, señor Girard? Es algo que todavía ignoro…

—Un desgraciado accidente, amigo mío.

—¿Accidente? —El joven se irguió en su asiento—. ¿No fue una enfermedad?

—No, no. Estaba enfermo últimamente, pero era fuerte como un roble. Lo soportaba todo. Su corazón, decía él, estaba averiado. Pero no roto. Y creo que tenía razón.

—¿Qué clase de accidente fue?

—Estaban removiendo las tierras cercanas para ese proyecto industrial precisamente. Ya sabe: grúas, *bulldozers*, excavadoras potentes… Su tío iba con su pequeño y viejo coche, un «Renault» fabricado en 1958… Hubo una avería en una de las grúas, se desprendió un gigantesco bloque de piedra y aplastó el coche, con su tío dentro…

—Dios mío. —Jadeó Ferrand—. Debió quedar destrozado…

—No lo crea. En medio de la tragedia, tuvo suerte. Sufrió muy graves heridas, eso sí. Se le trasladó inmediatamente al Hospital del Bon Dieu… y salió bien de la intervención quirúrgica de urgencia que le practicó el doctor François… Casi estaba fuera de peligro.

—¿Entonces…?

—El trágico desenlace vino después. En una unidad de cuidados intensivos. Murió asfixiado.

—Asfixiado… —Marcel parpadeó, desorientado—. ¿*Cómo*, señor Girard?

—El tubo y la mascarilla de oxígeno, falló por alguna causa. Lo cierto es que cuando la enfermera acudió a auxiliarle, ya era tarde. Estaba muerto. No se pudo hacer nada por él, porque se le iba en ese instante el último soplo de vida.

—No tiene sentido. ¿Cómo pudo fallar el bombeo de oxígeno?

—Nadie lo sabe. Se probó la válvula, se examinó todo, y funcionaba perfectamente. Nadie tocó ese tubo, excepto la enfermera, la señorita Leroi. Ella aseguró que nada anormal sucedía en la instalación, y que el oxígeno salía normalmente. Así se

demostró. Pero su tío murió por asfixia. Un simple fallo, acaso una obstrucción imprevisible, y todo acabó para él. Todo fue muy desgraciado.

—¿No cabe la posibilidad de que él sufriese un colapso, sin intervención del dispositivo de oxígeno?

—El doctor François no es de ese parecer. Lo achaca a un fallo del sistema.

—¿Tampoco es posible que alguien *manipulara* intencionadamente el mecanismo?

—¡Cielos, señor Ferrand! ¿Qué trata de insinuar? —El notario le miró, escandalizado—. Eso no tiene sentido. Aquí, nadie quería mal a su tío. Ésta es una comunidad apacible, donde no existen asesinos ni violencias… Además, ¿quién ganaría algo con matarle?

—Eso es lo que no sé. ¿Quién ganaría algo con alejarme de aquí a mí… o matarme si me quedo, señor Girard?

La mirada fija en el notario, dejó a éste turbado. Pestañeó, como si no entendiera lo que escuchaba, y manifestó con cierta sequedad:

—Supongo que ésa es una broma poco afortunada, *monsieur*…

—Una broma que alguien me gastó anoche —dijo bruscamente Ferrand, incorporándose—. Me llamaron a un café, para amenazarme. Ya antes me habían pasado un mensaje amenazador por debajo de la puerta del cuarto del hotel. Vea, aún lo conservo…

Le entregó el aviso mal escrito, que el notario leyó, estupefacto. El joven forastero añadió con sequedad:

—Quienquiera que escribió eso y me hizo la llamada telefónica, realizó ésta desde la Brasserie du Nord, junto a los billares. Me canturreó una tonadilla al teléfono.

—¿Canturreó?

—Sí, señor Girard. *La* Vie *en rose*. ¿Eso le dice algo?

—Dios mío… —El notario retrocedió—, palideciendo de repente, como si Marcel hubiera nombrado al diablo. —De modo que no fue un error ni una casualidad…

—¿Error? ¿Casualidad? —repitió Marcel fríamente—. ¿A qué se refiere?

—El padre Laborde… atendió hace pocos días a… a un moribundo. Era Dupuis, un *clochard* inofensivo, casi siempre ebrio. El decía que… que el Diablo estaba suelto por Saint-Just y que él lo había visto. Juraba que conocía al diablo… Nadie le tomaba en

serio, claro está. Ni siquiera cuando… cuando murió junto a la iglesia de le Bon Dieu… trazando en las piedras del muro una cruz con su propia sangre. ¿Le habían herido?

—Al parecer, se hirió él al caer… y sangraba copiosamente de una herida en la cabeza. Agonizaba con su bufanda apretada en torno al cuello, horriblemente apretada… El padre Laborde se la quitó con ímprobos esfuerzos, pero era tarde. El desdichado estaba violáceo, con la lengua fuera… Al caer, agonizaba. Murió en brazos del padre Laborde, diciendo cosas incongruentes, apenas audibles entre sus labios hinchados: cosas como «El diablo… Ha sido el diablo…, vestido de rosa…». Y murió. El padre Laborde observó entonces que entre los sucios dedos del infeliz había quedado un jirón de tul color rosa… Pero nunca se pudo saber de dónde había arrancado Dupuis aquel fragmento de tela.

Marcel Ferrand fue hacia la mesa, donde había la pluma con la que tenía que firmar los documentos. Miró hacia éstos, pensativo, y los hojeó distraídamente.

—El diablo vestido de rosa… —repitió entre dientes—. No, no tiene sentido. Pero él cantó *La Vie en rose*, señor Girard…

—A eso…, a eso quería referirme… —jadeó el notario—. El padre Laborde estaba seguro de que alguien se alejaba de allí, mientras atendía a Dupuis… canturreando una tonadilla que le pareció… *La vida en rosa*…

Ferrand no dijo nada de momento. Se limitó a respirar hondo. Luego, manifestó con voz grave:

—Dígame dónde tengo qué firmar. Le daré mis datos personales necesarios. Tengo que hacer dos visitas esta misma mañana, *monsieur* Girard.

—¿Dos visitas? ¿Adónde? ¿Conoce a alguien en Saint-Just?

—No, a nadie. Pero quiero visitar el cementen y el cuartel de la gendarmería.

* * *

El cementerio era pequeño y bien cuidado. Como casi todos los cementerios de los pueblecillos franceses, estaba virtualmente junto a la vía férrea, a cosa de medio kilómetro de la estación.

Las cercas no eran muy altas, había flores silvestres entre las

tumbas, paredes de nichos muy limpios y sepulturas con cruces o figuras angélicas, sobre las que se mustiaban brillantes ramos de flores. Ni siquiera en aquel día torvo y nublado, tras haber cesado momentáneamente la llovizna, resultaba demasiado triste ni deprimente el camposanto local. Lo cual era muy de agradecer, al menos en el estado de ánimo en que Marcel Ferrand lo visitaba aquella mañana.

No tardó en dar con la tumba que buscaba. El notario le había dicho cómo hallarla fácilmente.

Leyó el nombre de su tío Claude, sobre una blanca lápida. Se sorprendió de que hubiera sobre ésta un ramo de flores del tiempo, muy frescas. Eso significaba que era reciente. Las tocó con la punta de los dedos, y notó que no estaban muy húmedas. Quienquiera que las puso allí, lo había hecho no mucho tiempo atrás, aquella misma mañana.

Rezó unos instantes ante la última morada del buen tío Claude a quien jamás conociera, sino vagamente de oídas, siendo niño. Había sido muy bueno con él, al recordarle en su última voluntad.

—Me gustaría saber cómo sucedió todo, tío Claude —musitó entre dientes, como si pudiera dialogar con el difunto—. No está nada claro todo lo que ocurre en Saint-Just, por muy pacífico y amable que sea este pueblo…

Recordó los rostros huraños de los clientes del café de Le Petit Normand, de la dueña del Café de la Gare, y de algunas otras personas, y se dijo que quizá existía una oculta razón en Saint-Just para que la gente fuera tan recelosa, tan desconfiada y poco sociable. Al menos, lo era en estos momentos.

El crujido de unas pisadas en la tierra húmeda, salpicada de piedrecillas y matorrales silvestres, le hizo girar la cabeza. La persona caminaba por otra calle cercana, y se había detenido ante una tumba, sobre la que depositó un ramo de flores muy frescas.

Era idéntico al que ahora reposaba sobre la lápida de su tío.

La figura del otro visitante del cementerio, era enlutada, esbelta y graciosa. Una mujer, aparentemente joven, ya que le daba la espalda y no podía ver su rostro. Medias color humo, calzado negro, un sencillo vestido también negro, y un velo sobre los cabellos castaños. Era todo lo que podía ver. Las piernas eran esbeltas y bien formadas.

Se persignó ante la tumba de Claude Ferrand, y echó a andar con paso suave, como si fuese a abandonar el cementerio. En vez de ello, se adentró por la otra calle de sepulturas. Se detuvo a poca distancia de la que acababa de recibir las flores y la visita de la dama enlutada.

Captó un nombre sobre la lápida gris: Jules Prevert. Y unos breves datos: fallecido a los veintisiete años. La fecha de su muerte, tan fresca como las mismas flores. Sólo una semana atrás. Exactamente ocho días antes.

Pudo ver ahora de perfil el rostro de la dama.

Era joven. Muy joven. El velo oscuro era tan sutil, que las facciones agraciadas, bonitas y suaves, destacaban nítidamente, recortándose contra el cielo plomizo. Nariz breve, ojos grises, rodeados de sombras, boca carnosa, fino mentón. Tenía un talle esbelto y un pecho juvenil y firme.

—¿Se ha dado cuenta? —preguntó ella de repente, sin siquiera mirarle, los ojos tristes muy fijos en la sepultura de aquel Jules Prevert, muerto tan joven.

—¿De qué fue usted la de las flores? —asintió Marcel—. Sí. No era difícil.

—¿Tiene algo que objetar?

—Supongo que no. Es muy piadoso sentimiento acordarse de los muertos, *mademoiselle*.

—Sí, lo es —suspiró, mirando siempre hacia la lápida gris—. Lo único que puede hacer ya uno por ellos.

—¿Familia suya, acaso? —señaló Marcel hacia la tumba.

—Lo hubiera sido. Ibamos a casarnos el año próximo Era mi prometido, señor Ferrand.

—Veo que me conoce muy bien…

—No abundan los forasteros en Saint-Just Usted lo es. Y estaba ante la tumba de Claude Ferrand. Era fácil deducir lo demás, ¿no?

—Supongo que sí. —Marcel hubiera querido sonreír y no pudo. Volvió a señalar con un movimiento de cabeza hacia la tumba—. Era muy joven…

—Sí. Es triste morir. Pero lo es más morir tan joven.

Asintió Marcel, pensativo. De pronto, preguntó a la joven desconocida:

—¿Conocía usted mucho a mi tío?

—No, no mucho.

—Entonces…

—Si se refiere a esas flores, ya las he traído en otras ocasiones. Tal vez sea un poco de remordimiento, de duda… No sé.

—¿Remordimiento? ¿De qué? —se extrañó Marcel.

La joven enlutada se volvió hacia él. Alzó su velo color humo oscuro. Resultaba aún más bonita sin él. Su rostro tenía una palidez que no debía ser habitual en ella.

—Señor Ferrand, mi nombre es Yvette. Yvette Leroi.

—¿Leroi? Creo haber oído antes ese nombre, pero no logro recordar…

—Yo soy enfermera en el Hospital de le Bon Dieu. Enfermera del doctor Frangois. Yo atendía a su tío en cuidados intensivos. Allí murió. No sé si tuve la culpa o no. Pero me siento moralmente culpable por no haber podido evitar aquello. ¿Lo entiende ahora?

—Creo que sí. Pero si usted no descuidó su trabajo, no tiene por qué sentirse con remordimientos o dudas…

—No puedo evitarlo. No debí haberme movido de allí, pero había otro caso urgente en la sala inmediata, hizo crisis en esos momentos y…

—Y usted abandonó a mi tío algún tiempo —remachó Marcel, sin dejar de mirarla.

—Apenas si fueron dos minutos. Cuando regresé, todo parecía normal. De repente, vi que se agitaba, asfixiado, que se tornaba púrpura. Forcé el oxígeno, llamé al doctor François, pero todo fue inútil. Agonizaba. Y murió unos segundos después Nunca me lo perdonaré.

—No diga eso. ¿Notó si estaba cerrada la válvula de paso del oxígeno?

—No, no. Estaba normal, perfectamente bien todo. Mi…, mi prometido me ayudó a comprobarlo entonces. Me aseguró que no había negligencia alguna por mi parte, que algo falló, obturando el aire respirable unos momentos, o que el señor Ferrand entró en colapso. Pero esto último lo desechó el doctor François. Dijo que era un claro caso de asfixia.

—Eso sucedió hace ya dos meses… —recordó lentamente Marcel, mirando hacia la tumba de Jules Prevert—. Y ahora…, hace una semana que su prometido murió… ¿Era médico acaso?

—No, no. Era jefe de enfermeros del hospital. Muy eficiente. Estudiaba Medicina, eso sí…

—Siento que haya ocurrido esto. Habrá sido un golpe muy duro para usted… ¿Enfermó acaso repentinamente?

—Dios mío, no… —ella entornó los ojos, y cuajaron entre sus pestañas dos lágrimas, al tiempo que su seno se agitaba dominando los sollozos—. Murió de repente. Asfixiado en un desgraciado accidente.

—*Asfixiado* —repitió Marcel, perplejo, remarcando extrañamente la palabra.

—Sí… —Ella se mordió el labio inferior—. Jules… Jules se quedó encerrado con su coche, en el garaje de su casa… El escape del monóxido de carbono del motor del coche en marcha, terminó con su vida. La puerta estaba atascada en su cierre automático, y no pudo ser accionada por él desde dentro.

CAPÍTULO IV

El comisario Henri Dassin fumó cachazudamente en su pipa de madera de brezo, contemplando pensativo a su joven visitante, sin que el rostro apacible y sereno, bajo los cabellos salpicados de canas, revelasen la menor emoción.

En un rincón de la destartalada oficina, una estufa prestaba un calor insuficiente al recinto de alto techo, estanterías con legajos, una mesa con una máquina de escribir demasiado vieja, otra mesa destinada a despacho del comisario. Por una ventana, algunos de cuyos cristales habían sido pegados con adhesivo sobre sus grietas, se vislumbraba un patio encharcado y una puerta enrejada, de acceso a la gendarmería, donde un agente uniformado montaba guardia.

—De modo que usted cree que un asesino anda suelto en Saint-Just, ¿no es eso?

La pregunta del comisario Dassin era casi apacible, parsimoniosa y carente de emoción.

El joven Ferrand asintió, dirigiendo una vaga ojeada a la bandera tricolor —algo desvaída de tonos, ésa era la verdad—, y al retrato del Presidente de la República, para después manifestar en tono preocupado:

—Sí. Eso es lo que creo, comisario.

—¿En qué se basa para suponer tal cosa, *monsieur*? —se interesó afablemente, inclinándose hacia él y golpeando la cazoleta de su pipa en un cenicero de pesado vidrio, con un anuncio de un famoso aperitivo francés.

—En varias cosas.

—¿Cuáles, exactamente?

—Mi tío Claude sufrió un accidente mortal, del que salió

milagrosamente vivo. Pero luego murió, cuando casi estaba fuera de peligro, por un extraño fallo del equipo de oxígeno en la sala de cuidados intensivos. La muerte, naturalmente, se produjo por asfixia. Pocos días después, era un viejo *clochard*, Dupuis, quien moría asfixiado por su propia bufanda, cuando le halló el padre Laborde junto a su iglesia. El viejo ebrio, aun asfixiándose fatalmente, con sus últimas fuerzas trazó una cruz en sangre de una herida sufrida al desplomarse en el asfalto, y mencionó a un «diablo vestido de rosa». Hace ocho días, el joven enfermero del Hospital de le Bon Dieu, Jules Prevert, muere asfixiado en el garaje de su domicilio, por escape del gas tóxico de su automóvil y atasco aparentemente accidental del sistema de cerradura eléctrica. Son tres muertes en poco espacio de tiempo, comisario. Las tres, aunque por medios distintos, resultan de una misma naturaleza: asfixia.

—*¿Eh, bien, monsieur*? —El comisario Dassin le estudiaba con sus inquisitivos ojos claros y penetrantes, como si todo aquello careciera de verdadero sentido—. ¿Y qué deduce de ello?

—Imaginé que sería la policía quien debía sacar deducciones de todo eso, no yo —observó secamente Marcel—. En suma: usted, comisario.

—Personalmente, soy poco partidario de Sherlock Holmes y, por lo tanto, del método deductivo —suspiró el policía, encendiendo un fósforo y tratando de prender de nuevo el tabaco de su pipa, que despidió un humo maloliente—. Usted parece, en cambio, ser muy dado a elucubraciones mentales y a sacar conclusiones personales de los hechos. ¿Adónde le han conducido esas teorías, señor Ferrand?

—A esto, comisario: creo que las tres muertes pudieron ser tres *asesinatos*. Y, por lo tanto, hay que suponer que existe un asesino que anda suelto por Saint-Just, diga la gente lo que diga. Un asesino a quien el pobre Dupuis llamó «el diablo», antes de morir. Y añadió algo más: «El diablo vestido de rosa». El padre Laborde creyó oír que alguien se alejaba del lugar donde alguien pudo apretar la bufanda de Dupuis hasta estrangularle, y ese alguien cantaba *La vida en rusa*. El vagabundo llevaba entre sus dedos un trozo de tul rosa, cuyo origen no pudo aclararse. Y yo, anoche, fui advertido por dos veces para que abandone esta ciudad… o seré asesinado. Y quien asegura eso canturrea al teléfono precisamente *La vie en*

rose…

Marcel Ferrand calló, bajando la cabeza. El comisario Dassin no dijo nada durante un largo espacio de tiempo, durante el cual el humo de su pipa pareció invadir con su hediondo olor toda la oficina policial.

De repente, sonó su voz calmosa, fría, desprovista de excitación siempre. Casi sobresaltó a Ferrand, que meditaba sobre todo lo expuesto:

—Usted ve, a lo que observo, dos factores comunes en todos esos hechos: la asfixia…, y el color rosa.

Asintió Ferrand, casi sorprendido por la simplicidad del comentario del policía.

—Sí, comisario —afirmó, rotundo—. Eso es lo que quise hacerle ver.

—Todo cuanto usted me ha explicado, consta en nuestros archivos, excepto lo relativo a las amenazas que usted sufrió a su llegada a Saint-Just. ¿Quiere hablarme de ello, por favor?

Lo hizo Marcel Ferrand con amplitud. El comisario se limitó a escucharle, tomando algunas notas en un bloc. No le interrumpió ni una sola vez. Al final del relato, exhaló un suspiro y golpeó suavemente con el bolígrafo sobre las hojas blancas, distraída su mirada en algún inconcreto rincón de su oficina.

—Oficialmente, señor Ferrand, la muerte de su tío fue un accidente sanitario, la de Jules Prevert un fallo mecánico en esas complicadas cerraduras que hoy día tienen los garajes, y el fin del vagabundo Dupuis la posible agresión de algún maleante sin identificar. Sus palabras pudieron ser una incongruencia producto de la agonía, la cruz en sangre una expresión de su fervor religioso ante la muerte… y el trozo de tul objeto sin significado especial alguno, puesto que ningún hombre viste: de tul.

—Pero sí las mujeres —apuntó Ferrand secamente.

—Oh, claro, claro. No muchas mujeres, y menos en la temporada invernal, en un clima como el nuestro. Que yo sepa, sólo puede llevar un tul rosa alguien que vaya a una boda… o a una ceremonia religiosa.

—¿Y eso adónde le conduce?

—A ninguna parte —admitió el comisario con un suspiro. Meneó su canosa cabeza, pensativamente—. No crea que es fácil, *monsieur*.

En un sitio como Saint-Just estamos anquilosados para ciertas cosas. Aquí no abundan los misterios ni los hechos sangrientos, por fortuna. Pero sé cuándo ocurre algo que no está claro, ni mucho menos. Y me preocupo por ello.

—¿Se ha preocupado usted por lo que sucede ahora?

—Sí, señor Ferrand —afirmó cansadamente el policía, inclinándose hacia él. Se quitó la pipa de su boca, la tomó por la cazoleta, y le apuntó con su curva extremidad húmeda de saliva y de nicotina—. Y estoy de acuerdo con usted en algo: realmente, *hay* un asesino en Saint-Just. Un asesino que ha matado ya a tres personas…

* * *

La Maison Rose era, realmente, la propiedad menos atractiva que jamás había visto Marcel Ferrand en toda su vida. No se sintió nada feliz de ser su propietario.

La vegetación silvestre florecía por doquier, invadiendo lo que alguna vez fuera un jardín. Un boscaje situado junto a la casa, parecía ahora una verdadera selva, sucia y frondosa. Las cercas estaban oxidadas, y la puerta de barrotes no funcionaba, chirriando lastimosamente al encajarse entre la tierra y los matojos al menor intento de moverla. Al fondo, la Casa Rosa era una especie de destartalada edificación con los muros agrietados y desconchados, cuya tonalidad rosada había pasado a mejor vida, quedándose con un lívido color churretoso. Contraventanas y postigos colgaban de las oxidadas bisagras, y muchos vidrios aparecían rotos y polvorientos.

Miró alrededor, más allá de las cercas enrejadas. Descubrió las excavadoras y *bulldozers*, no lejos de allí, sobre terrenos amplios y removidos, cercanos al río que venía serpenteando desde las brumas marinas. Todo aparecía parado, sin presencia de ser humano alguno. Recordó que era sábado, y el trabajo estaba paralizado hasta el lunes.

Un gran cartelón, junto a la carretera secundaria que conducía desde el pueblo hasta allí, anunciaba de forma ostensible:

COMPLEJO INDUSTRIAL DE SAINT-JUST-SUR-MER

PROMOTORA:
BONZAC & CIA.

Ferrand meneó la cabeza, regresando junto al taxi de Saint-Just que le aguardaba en la carretera. El taxista le contempló, interesado.

—Es un feo lugar —comentó Marcel.

—No es bonito —admitió el taxista—. Pero pronto será la mejor zona de la región. *Monsieur* Bonzac hará de esto un paraíso de trabajo y productividad, ya lo verá.

—Oh, sí, me hablaron de ello. Factorías, industrias, puestos de trabajo. ¿Es, realmente, un gran benefactor social el señor Bonzac?

—Lo es. Muy rico, pero siempre interesado en la prosperidad de la región. Llegó del sur del país, pero es como si fuera de aquí. Ha hecho mucho por Saint-Just. Media flota pesquera es suya. Ahora, trata de industrializar el producto de esa pesca con unas conserveras que serían instaladas desde aquí hasta la escollera. Si esa propiedad es suya, señor, valdrá mucho dentro de un poco de tiempo, ya verá.

—Sí, eso dice todo el mundo. —Marcel torció el gesto—. Pero ¿qué ocurriría si toda esta propiedad careciese de dueño, si nadie la reclamase, pongamos por caso?

—Ah, eso no lo sé —el taxista se encogió de hombros—. Supongo que harían lo mismo que con otras. La pondrían a pública subasta, y quien pagase más por ella, se la quedaría.

—Tal vez el propio señor Bonzac, a precio de saldo —comentó Ferrand distraídamente—. Y luego, podría revenderlo en una fortuna, a cualquiera de las industrias que vinieran a formar parte del futuro complejo de Saint-Just, ¿no sería eso un buen negocio?

—No sé, señor. ¿Por qué no se lo pregunta al propio señor Bonzac, si tanto le interesa? Ahí lo tiene usted, en compañía de su esposa.

Intrigado, Ferrand giró la cabeza. Contempló el lujoso «Citroën» último modelo que se detenía junto a las tierras removidas por los *bulldozers*, cercadas ahora por tablones sobre los que avisaban de la prohibición de entrar en las zonas acotadas.

Del «Citroën» descendían dos personas, mientras un uniformado chófer mantenía respetuosamente abierta la portezuela. El coche tenía matrícula del distrito de París. Y lo que más sorprendió a

Ferrand: estaba pintado de un suave color rosa, junto al negro de todo el resto de la carrocería.

—Es una buena idea —asintió, echando a andar hacia ellos resueltamente.

La pareja estaba formada por un hombre de impecable terno gris, cruzado, que fumaba cigarrillos en boquilla de ámbar y oro, de facciones angulosas y frías, y una dama de cabellos oscuros, con un mechón *o* lunar gris plata sobre una amplia frente despejada, ojos oscuros y vivaces, y una indiscutible elegancia, pese a la sobriedad de su vestido gris perla, con adornos azules. Ambos debían rondar entre los cuarenta a cuarenta y cinco años.

—Buenos días, *monsieur* Bonzac. *Madame*… —Y se inclinó respetuoso, tras el saludo de ambos. Ellos se volvieron a mirarle curiosamente, con gesto algo sorprendido.

—Perdone, *monsieur*, ¿nos conocemos? —indagó con cierta frialdad el millonario.

—Me temo que no —sonrió Marcel—. Pero quizá conoció a mi tío Claude.

—¿Claude? ¿Claude Ferrand, tal vez? —Echó el millonario una rápida ojeada a la finca—. ¿Es usted?

—Marcel Ferrand, para servirles —asintió el joven—. Acabo de llegar a Saint-Just…

—Oh, es un placer conocerle, mi joven amigo —el hombre de facciones angulosas le tendió su mano con aparente cordialidad—. Lamento mucho lo de su tío. Era un buen amigo.

—Yo no puedo decir tanto. Ni siquiera llegué a conocerle —suspiró Marcel—. Pero me gustaría saber por qué murió.

—Mi querido señor Ferrand, todos tenemos que morir, tarde o temprano —sonrió Bonzac apaciblemente—. No hay nada raro en la muerte de un hombre de edad avanzada, y menos cuando sufre un accidente semejante. Tuve la desgracia de que uno de mis empleados fuese quien, sin poderlo remediar, le ocasionara el accidente mortal. La grúa se averió muy inoportunamente Por cierto que hubo que prescindir de ella. Tenía una fabricación defectuosa. Hoy en día se trabaja mal con demasiada frecuencia, y eso cuesta vidas humanas.

Ferrand no comentó nada de momento. Su mirada, casualmente, había chocado con la oscura e inexpresiva de la señora Bonzac Ella

le estaba mirando fijamente. Al sentirse descubierta, desvió sus ojos con presteza y pareció algo azorada. El color rosa del «Citroën» hizo destacar su perfil helénico, frío y clasicista.

—Señor Bonzac, en realidad fueron dos averías muy inoportunas las que tuvieron que matar a mi tío —rectificó suavemente Marcel—. También el tubo de oxígeno, en el hospital, se estropeó en el momento decisivo. Y mató a mi pobre tío Claude.

—Cierto… —El millonario inclinó la cabeza, con gesto pesaroso, frotándose el mentón. Se quitó el cigarrillo de los labios, y la velada luz del día destelló en el oro de la boquilla—. Los fatalistas dicen que cuando le llega a uno la hora, suceden las más insólitas cosas, hasta que el destino se cumple…

—Yo no soy fatalista, *monsieur* Bonzac —negó Marcel con la cabeza—. El destino, en ese caso, pudo ser… un asesino.

—¿Un asesino? —Pestañeó vivamente el financiero, mientras Marcel notaba que su esposa se estremecía casi imperceptiblemente, la cabeza vuelta hacia otro lado—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Nada, señor Bonzac. Hay algo en este pueblo que no me gusta, e ignoro la razón. ¿Sabe de alguien que quisiera comprar la Maison Rose a buen precio?

—¿De modo que quiere dejarnos? —sonrió Bonzac con aire de reproche—. Es injusto, señor Ferrand, pero si ése es su gusto… No encontrará comprador que quiera usar esa mansión como residencia. Es un sitio totalmente *demodée*, de otros tiempos. Costaría cientos de miles de francos dejarlo todo presentable de nuevo. Y si la zona industrial va a ser pronto una realidad, la Maison Rose no serviría de mucho, rodeada de fábricas y factorías.

—Pero está el terreno.

—Oh, el terreno, sí —asintió Bonzac, pensativo—. Como tal, yo mismo lo adquiriría. Pero su precio, hoy en día, sin tener la seguridad de que el Gobierno apruebe nuestro proyecto, no podría ser muy elevado. Ese proyecto puede aplazarse indefinidamente. Y la inversión, entonces, resultaría ruinosa.

—¿Cuánto estaría usted dispuesto a pagar por la Maison Rose?

—Bueno, es difícil resolver así, de golpe, un asunto tan complejo. Pero digamos que llegaría a pagar una suma razonable. Digamos cien mil francos.

Esa suma, semanas antes, le hubiera parecido a Marcel Ferrand

una pura utopía. Ahora, no le causó frío ni calor. Seguía estudiando a su interlocutor muy atentamente.

—Eso supera su valor actual —admitió el joven—. Pero sería muy pobre precio para cuando estén aquí las industrias.

—Pero no están todavía. Y podría suceder que nunca estuvieran, sí, como se rumorea, hay un cambio en el Gobierno. Entonces, la propiedad no valdría ni cincuenta mil francos, y yo habría perdido la mitad de lo invertido. ¿De verdad está dispuesto a vender *ahora*?

—Aún no lo sé. Está todo muy confuso.

—Creo que es usted el confuso. Habló antes de… de un asesino. ¿Lo dijo en serio?

—Sí. Alguien ha matado ya a tres personas, y no sé por qué —suspiró Marcel—. Una de ellas fue mi propio tío. Tal vez la cuarta víctima sea yo. Desconfíe, señor Bonzac, cuando oiga a alguien canturrear algo así…

Y se alejó, tras una leve inclinación, mientras entonaba entre dientes la melodía de *La vie en rose.*

Sucedió algo extraño. *Madame* Bonzac emitió un grito ronco… y se desplomó sin conocimiento en el camino, ante la consternación de su esposo.

* * *

El padre Laborde cerró el armario de la sacristía tras guardar sus prendas religiosas, se persignó ante el crucifijo colgado del alto muro, y salió al corredor circular de la iglesia de le Bon Dieu, con su breviario entre las manos.

Había empezado a lloviznar nuevamente, con la monótona persistencia con que acostumbraba a hacerlo en aquellas regiones, y la tarde tenía ya un color de hábito franciscano. El pequeño patio ajardinado, con su fuente en medio, era visible desde el atrio porticado, y las gotas de lluvia batían lentamente sobre el agua de la fuente, salpicada de hojarasca seca.

El sacerdote entró en el confesionario y atendió a dos mujeres que aguardaban, orando en los bancos del altar mayor. Luego, se encaminó a la salida con una mano en el bolsillo de su sotana, asomando a la plaza, solitaria bajo la lluvia.

Estaba oscureciendo con rapidez, como ocurría siempre allí.

Cruzó para adquirir el ejemplar de *Le Fígaro* que acababa de llegar al puesto de periódicos, y luego entró en el café de Le Petit Normand, pidiendo un café, como hacía habitualmente.

—Tenemos un tiempo pésimo —se quejó, sacudiendo las gotas de agua de su periódico, que desplegó ante sí, sacudiendo luego la cabeza con desaliento—. Dios mío, y luego esto… Un descarrilamiento en Italia, inundaciones en el sur de Francia y en España, terrorismo en Alemania Federal, los derechos humanos pisoteados en la Unión Soviética, un francotirador aterroriza una ciudad de Alabama, en los Estados Unidos…, y por si fuera poco, hay peligro de cisma en la Iglesia católica por diferencias dogmáticas, y la conferencia de desarme no llega a ninguna conclusión positiva. Hermosa perspectiva nos ofrece el mundo, ¿eh?

—Dios remediará todo eso, padre —rió uno de los presentes, alzando la cabeza del periódico deportivo que hojeaba—. ¿No es eso lo que usted dice? Y cuando menos, *les verts* volvieron a ganar su partido de competición europea…[2]. Algo es algo, ¿no?

—A veces me pregunto cómo puede estar Dios en tantos sitios a la vez, para evitar más desastres —se quejó el cura—. Evidentemente, *les verts* tienen más suerte en eso que muchos otros.

El comentario tristemente irónico del padre Laborde despertó risas en los clientes del café. El viejo camarero que bruñía los dorados de latón, sacudió la cabeza con desaliento.

—Mientras la gente sólo se preocupe del fútbol y del sexo, iremos mal. Muy mal.

Al lado del padre Laborde, en el mostrador del café, un cliente giró la cabeza Miró al sacerdote y comentó, tras apurar un sorbo de coñac:

—Quizá Dios tenga ahora mucho que hacer en Saint-Just. Si el diablo anda suelto por este pueblo.

Fue como un mazazo. El cura no reveló otra cosa que sorpresa, y enarcó las cejas, mirando al joven forastero que le interpelaba. Las palabras de éste, en cambio, causaron sobre los demás un efecto demoledor. El silencio en el café se hizo denso, casi tangible.

—Perdone… —musitó el cura—. ¿Qué es lo que dijo, señor…?

—Ferrand. Marcel Ferrand —se presentó el forastero—. Hablaba del diablo de Saint-Just.

—¿Está loco? —refunfuñó el viejo camarero, dejando de pulir el

latón—. ¡Aquí no hay ningún diablo!

—¿Por qué dice eso, señor Ferrand? —Fue la pregunta del padre Laborde.

—Repetía lo que dijo alguien una noche. Se llamaba Dupuis, ¿no es cierto?

—¡Dupuis! ¡Aquel pobre chiflado! —clamó alguien—. Estaba tan loco como el propio Bordillac…

—¿Bordillac? —Marcel se volvió al que hablara—. ¿Quién es?

—Se trata del loco oficial del pueblo —sonrió el padre Laborde, interviniendo con gesto apacible que no podía disimular su mirada preocupada—. Un pobre diablo que anda por ahí diciendo tonterías… Todos los pueblos tienen su loco o tonto tradicional, ¿no es cierto? Bordillac es el de Saint-Just, señor Ferrand. ¿Habló antes del pobre Dupuis? Sí, él mencionó al diablo. Era un vagabundo borrachín y camorrista, pero era un fiel creyente. Tal vez alguien que no le gustaba, le pareciera a él la personificación del diablo. Eso es lo que yo pensé.

—El diablo *vestido de rosa* —recordó Marcel—. ¿Eso tiene algún sentido?

—Nada de lo ocurrido aquella noche lo tuvo. Dupuis debió pelear con alguien. Acaso sin quererlo, le apretaron el cuello demasiado… y huyendo de esa presión que no podía evitar, vino en mi busca, se golpeó… y en su delirio imaginó todo eso.

—¿El tul rosa era imaginario también, padre? —preguntó Marcel ingenuamente.

El padre Laborde frunció el ceño. Estudió largamente a su interlocutor.

—Conoce usted muy bien los detalles más nimios —comentó.

—Yo no considero un detalle nimio ese trozo de tul color rosa. De algún lugar tuvo que salir, padre…

—¿Por qué está tan interesado en todo eso, señor Ferrand? —El cura apuró su café y se apartó del mostrador, seguido por Marcel, hasta que ambos se detuvieron junto a una de las vidrieras del café, asomada a la plaza de la iglesia, en la que la llovizna caía incesante.

—Porque están sucediendo cosas extrañas en este pueblo, padre Laborde. Mi propio tío murió por asfixia, igual que Dupuis, aunque las circunstancias fuesen diferentes. Después, fue un joven enfermero, precisamente el que atendía a mi tío junto con su

prometida, la enfermera Yvette Leroi, quien moría también por asfixia, encerrado en su garaje, con el gas de su coche invadiendo el recinto. Al parecer, ni pudo abrir la puerta del garaje, ni cerrar el escape del automóvil. Extraño, ¿no? Mucha gente muere últimamente aquí por asfixia. Es como un método obsesivo de matar.

—*¿Matar*, ha dicho? —Se sobresaltó el cura.

—Sí, padre. Matar. No creo en casualidades ni accidentes. Entre otras razones, porque yo mismo he sido amenazado.

—¿Usted?

—Amenazado telefónicamente por alguien que reía de modo extraño… y que cantó luego una melodía: *La vida rosa.*

—Dios mío… —Se persignó el cura—. Lo mismo de aquella noche… ¿Está seguro?

—Por completo. Aún no conocía la historia de Dupuis cuando oí ese canturreo al teléfono. Quien lo hizo, me llamó anoche desde la Brasserie du Nord. Usted estaba entonces allí.

—¿No pensará que yo?

—No, padre. Lo que quisiera saber es si recuerda a alguien que telefoneó desde allí, entre nueve y nueve y cuarto de la noche, mientras jugaba al billar. También estaba allí *monsieur* Vanel, el almacenista y el señor Gravet…, que hizo veinticinco carambolas sucesivas.

—Sí, lo recuerdo —sonrió el cura—. Louis Gravet es nuestro alcalde. Juega muy bien al billar. Es prácticamente invencible. Puedo acordarme de todo eso, pero no vi telefonear a nadie Eh, espere. Yo sí telefoneé anoche, sobre esa hora.

—Lo sabía —sonrió ahora a su vez Marcel.

—Vaya, lo sabe todo… —El cura frunció el ceño—. Desde luego, puedo probar adónde hice mi llamada. La telefonista de la centralilla conoce bien mi voz. Tenía que hablar con *madame* Bonzac. Soy su auxiliar espiritual. Es una dama muy piadosa.

—Jacqueline Bonzac… —Ferrand recordó su desvanecimiento repentino de aquella tarde, en la carretera al futuro polígono industrial y a la Maison Rose. Meneó la cabeza—. Tiene un «Citroën» último modelo. Pintado en negro y rosa…

—Sí —afirmó despacio el cura. Pareció sobresaltarse de repente, mirando a Marcel—. No estará pensando que…

—No pienso nada. El rosa, sin embargo, no es un color muy adecuado para un automóvil.

—La señora Bonzac perdió una hija hace un año. Era una niña encantadora, un ángel de gracia y dulzura. Cuando se mató…, vestía de color rosa, señor Ferrand.

Marcel le miró en silencio, con estupor. Su pregunta era casi obligada:

—¿Cómo…, cómo murió?

—Había subido a la torre de la iglesia, en un descuido. Iba a hacer la comunión al otro día, y estaba asistiendo a unas sesiones de preparación espiritual. Nadie sabe cómo sucedió. Quisieron rescatarla, pero cayó por el campanario y se estrelló… A ella le gustaba el color rosa. Fue capricho suyo que su madre hiciera pintar de ese color el nuevo coche. No le negaban nada. Tal vez el exceso de mimo fuera causa de su muerte.

Marcel Ferrand bajó la cabeza, perplejo. La noticia le había desorientado, eso era obvio El religioso le examinaba fijamente, como tratando de adivinar sus pensamientos.

—Supongo…, supongo que usted estaría presente en el templo cuando…

—Supone mal —le cortó el padre Laborde sin acritud—. Estuve enfermo de hepatitis durante unos meses. Permanecí en el Hospital de le Bon Dieu un tiempo. Me recuperé en Amiens, en casa de mi familia. Sucedió por entonces, cuando yo estaba ausente y ocupaba mi puesto de párroco de Saint-Just el padre Leducq. Fue una triste experiencia que celebré no haber vivido de cerca. Denise Bonzac era una criatura que se hacía querer. La pobre…

—¿Ella, la madre, ha soportado mal el golpe?

—No. Bastante bien, para lo que significó. Pero me preocupa la gente que tiene tanta entereza para resistir así una tragedia. En el fondo, sufren más que quien estalla en llanto y en desesperación. No tienen válvula de escape.

—Lamento haber hablado de todo esto. No podía imaginarlo, padre.

—Sé que la circunstancia del color rosa en esta otra tragedia, le intrigará y despertará su imaginación, señor Ferrand, pero ¿qué relación puede verle usted a la muerte de la pobre niña con todo lo demás?

—Ninguna —confesó Marcel, tristemente—. Y sin embargo…

Enmudeció sin añadir más. El cura le contempló, pensativo.

—Sin embargo, cree que *debe* haberla —apuntó suavemente.

—Sí —los ojos del joven forastero brillaron—. De todos modos, padre, gracias por la charla. Creo que le he molestado inútilmente.

—En absoluto, hijo —rechazó el padre Laborde—. Estoy a su disposición en todo, especialmente si necesita ayuda espiritual.

—No lo olvidaré… —Echó a andar hacia la salida del café de le Bon Dieu—. Ah, por cierto…, ¿estaba presente la madre de la niña cuando tuvo lugar la tragedia?

—No. Esa tarde no la acompañó ella a la iglesia, sino su cuidadora, la señora Levigny, y su hija Corinne. Para ambas fue un golpe terrible. La joven Corinne aún no se ha recuperado de él. Sufrió un *shock* al verla caer, y así sigue desde entonces Como en un estado de letargo, de coma.

—¿No ha despertado?

—Sólo en cierto modo. Mira, parece escuchar…, pero no habla. Ni se mueve de una silla de ruedas. Vive alejada de todo. Como ausenté. Creo que al morir su joven amiga, ella murió también un poco.

—¿Qué edad tiene? —indagó Marcel.

—Ahora, diecisiete años. Mentalmente, creo que es como si tuviera tres o cuatro.

Ferrand no dijo nada. Meneó afirmativamente la cabeza y fue hacia la salida, con la mirada vagamente perdida en la llovizna triste de la tarde.

El padre Laborde le acompañó hasta la plaza, encaminándose allí hacia su iglesia, tras despedirse del joven forastero con un movimiento de cabeza.

Estaba ya Marcel camino de su hotel, cuando oyó el grito de horror dentro de la iglesia. Se volvió, sobresaltado. El padre Laborde, con el rostro mortalmente lívido salía presuroso por la recia puerta del templo, gritando con voz ronca, estremecida:

—¡Dios nos asista a todos! ¡El diablo! ¡El diablo está en Saint-Just! ¡Es horrible, es horrible! ¡La sangre salpica la casa del Señor…! ¡El Mal ha entrado en ella…!

Marcel Ferrand echó a correr hacia la iglesia, presintiendo algo espantoso. Momentos más tarde, comprobaba que el horror era muy

superior a cuanto pudo imaginar.

CAPÍTULO V

El comisario Dassin hizo un nuevo recorrido por entre los porches y columnas que flanqueaban la amplia nave de la iglesia, hasta el altar mayor. Sus hombres, en silencio, como sobrecogidos por el ambiente mismo del templo, actuaban con la mayor eficacia y orden posibles.

Las pisadas del comisario retumbaron huecamente en los muros de piedra gris, húmedos y fríos. Ni siquiera llevaba la pipa encendida, por respeto al recinto en que se hallaba, pero la mordisqueaba pensativamente entre sus dientes amarillos de nicotina.

Se detuvo frente a Marcel Ferrand y al padre La abordé, meneando tristemente la cabeza. Daba la impresión de hallarse bajo una fuerte impresión difícil de dominar.

—No puedo entenderlo… —musitó—. No puedo.

Siguió sus paseos meditativos. Se detuvo otra vez, como si le interesara mucho una imagen de San Juan Evangelista, en el fondo de un altar lateral. Regresó despacio hasta el sacerdote. Éste se mantenía quieto, callado, con los ojos ensombrecidos y el rostro profundamente pálido.

—Padre, ¿cree que todo puede suceder tan rápidamente? —habló el policía.

—No pudo ser de otro modo —la voz del cura sonó ronca, vacilante—. Cuando salí de la iglesia, todo estaba normal, como siempre. Apenas estuve unos diez minutos en el café, ¿no es cierto, *monsieur* Ferrand?

—Sí, no pudo ser mucho más —asintió el joven forastero con expresión grave.

—Al regresar, todo estaba así. —Señaló las salpicaduras de

sangre en las piedras de la casa de Dios, como sobrecogido—. Y el cuerpo…, yacía ahí, tal como lo han visto.

El comisario no dijo nada. Asintió despacio, fue hasta el bulto tapado con la sábana, y alzó ésta ligeramente, como queriendo contemplar el cadáver una vez más, antes de que la ambulancia del Hospital de le Bon Dieu viniese a por él.

—Esta vez, el diablo cambió de técnica, *monsieur* Ferrand —dijo inesperadamente el policía—. Ya no asfixió a su víctima. La… la degolló.

Se estremeció el cura. Ferrand asintió en silencio, la mirada fija en aquel cuello segado por un filo certero. No dejó de observar con ojos muy abiertos la gran mancha de sangre en las losas de la iglesia, y las palabras obscenas trazadas con esa misma sangre, al lado del cadáver, como una horrible blasfemia al lugar en que habían sido escritas.

—Pero algo se mantuvo intacto, comisario —dijo el padre Laborde con tono apagado—. Oí claramente aquella voz cuando entré en la iglesia y vi el cuerpo…

—¿Qué voz? —se interesó vivamente Henri Dassin, quitándose la pipa de los labios.

—La que canturreaba entre estos muros una cancioncilla popular… Era La vie en rose…

Esta vez fue Ferrand quien se estremeció. Sus ojos se cruzaron fugazmente con la astuta mirada del comisario Dassin.

—¿Está seguro? —insistió éste.

—Totalmente. No indagué su origen, porque el horror me invadió y actué por simple instinto, corriendo a pedir ayuda al exterior, apenas vi lo sucedido. Era… era como si la voz se alejase… hacia allá —señaló al fondo, a un pórtico lateral de la iglesia.

—Eso es la sacristía, ¿no, padre? —quiso saber el comisario.

—Sí. Y también el patio…

—El patio… —Dassin se encaminó con paso rápido hacia allí, pero regresó poco después, meneando la cabeza con desaliento—. Si escapó por ese lado, no dejó huellas de su paso. ¿Y el sacristán, padre?

—Está enfermo. Lleva tres días en cama con amigdalitis —suspiró el padre Laborde—. Me ha ayudado en las misas durante estos días el bueno de Lucien Bertrán…

—¿El repartidor del almacén? —se interesó vivamente Ferrand.

—El mismo —el cura le miró, sorprendido—. Conoce usted muy bien a todo el pueblo…

—No, no a todo —sonrió tristemente Marcel—. *Madame* Roquevert me habló de él… ¿Estaba aquí esta tarde?

—No. Se marchó a primera hora, a trabajar en su reparto habitual. No creo que pueda ser sospechoso de nada…

—Eso es asunto mío, padre —le indicó suavemente el comisario, volviendo a tapar el cadáver. Luego, miró desde su posición reclinada a Ferrand y le preguntó con simplicidad—: ¿También conocía usted a… a la víctima, *monsieur*?

—Por supuesto —afirmó sombríamente el joven—. La vi anoche en su café, en la Brasserie du Nord. Nicole Zotterg, de nacionalidad belga, viuda desde hacía ocho años…

Y no añadió más. Incluso a través de la sábana que cubría el cadáver, era visible la protuberancia de sus gigantescos senos, ahora bañados en sangre tras ser degollada dentro de la iglesia.

* * *

El doctor Vincent François era un hombre locuaz, amable y vivaracho, de gafas con montura de metal dorado, ojos inquisitivos y facciones suaves y honestas. Podía tener lo mismo cuarenta que cincuenta años. Su delgada figura nerviosa aparecía con la corta bata blanca de médico cuando apareció ante Marcel Ferrand, en el despacho del Hospital de le Bon Dieu.

La luz de la lámpara sobre la mesa, hirió sus gafas, destellando vivamente en los cristales. Pareció mostrarse solícito y cortés con su visitante.

—No sabremos gran cosa hasta hacerle la autopsia, señor Ferrand —confesó—. Pero es evidente que, de no mediar algún otro motivo menos claro, *madame* Zotterg murió al ser degollada limpiamente con un arma cortante sumamente afilada.

—¿Limpiamente?

—Sí. Quiero decir que el corte parece hecho por un profesional. Sabía cómo matar a esa mujer rápida y fácilmente. Y lo hizo.

—¿Qué clase de arma imagina usted que pudo ser utilizada en este caso?

—No sé. Lo mismo pudieron utilizar una navaja barbera que una automática muy afilada…, e incluso un bisturí. Cualquiera de esas armas haría un corte así.

—Doctor François, un empleado de este hospital murió hace poco tiempo, víctima de un accidente mortal. Me refiero al jefe de enfermeros Jules Prevert.

—Oh, sí, lo recuerdo muy bien —suspiró el médico—. Gran chico ese Prevert, y con excelente porvenir. Lástima…

—¿Cree que pudo ser un asesinato también?

—¿Cómo? —Parpadeó el doctor François—. ¿El… asesinado? No, qué absurdo…

—¿Por qué? Alguien pudo dejar en marcha el motor, ocultar las llaves y encajar la puerta automática de modo que no pudiera abrirse. Se han hecho cosas más difíciles…

—Sí, pero no tendría sentido. ¿Quién querría matar a un hombre como Prevert?

—¿Y quién querría matar a una mujer como la señora Zotterg, como el vagabundo Dupuis o como mi tío Claude? —sugirió vivamente Marcel.

—¿Cómo? ¿Acaso piensa usted que todos ellos pudieron morir…?

—¿Asesinados? Sí, es muy posible, doctor. ¿Recuerda si el enfermero Prevert pudo tener algo que ver con el fallo del equipo de oxígeno que se utilizó con mi tío?

—Por supuesto, pero sólo al principio. Luego, yo me ocupé de graduarlo. Y la señorita Leroi se quedó a su cuidado…

—Pero la señorita Leroi ha confesado que se ausentó un par de minutos para atender a un paciente grave. Pudo bastar para cerrar la válvula unos momentos, y volverla a abrir luego, sin dejar huellas. ¿O no?

—Sí, entra en lo posible, pero no en lo probable. Sería… sería tanto como imaginar a un asesino dentro de este hospital. Y eso resulta monstruoso.

—Más monstruoso resulta imaginarse a un asesino dentro de una iglesia, doctor.

El médico, vencido por esa réplica contundente, no supo qué decir. Inclinó la cabeza, con desaliento, perdiendo mucho de su aspecto jovial.

—Todo sería monstruoso —jadeó al fin—. Es… es como imaginarse algo diabólico, cruel, totalmente inhumano… Un loco peligroso, tal vez. Pero un loco capaz de entrar en muchos sitios sin ser visto.

—No todos los locos parecen serlo, doctor —sonrió tristemente Ferrand—. Usted debe saberlo mejor que yo.

—No soy psiquiatra, pero lo sé —parecía realmente preocupado —. ¿Qué objeto tendrían tantos asesinatos?

—Si se trata de un loco, ninguno quizá. Una simple deformación mental, una psicosis, una manía contra determinadas personas, aunque las presuntas víctimas resulten tan variadas en este caso… El padre Laborde se inclina por una explicación más simple, que todo lo explicaría.

—¿Cuál?

—El Diablo.

—¡El Diablo! ¡Qué disparate!

—Tal vez no lo sea tanto, doctor…

—Bueno, desde el punto de vista de un religioso, quizá no.

—Hablaba de nuestro propio punto de vista —rectificó apaciblemente Marcel—. El padre Laborde quizá tenga razón, en cierto modo. El Diablo es el Mal. El mal anda suelto por Saint-Just, ello es obvio. El Adversario puede tomar cualquier forma, incluso la de nosotros mismos, los hombres. Concretamente, el diablo es el hombre mismo, según dijo alguien…

—Giovanni Papini —rectificó el doctor François con una mueca, sin pretender alardear de erudición—. Sí, es posible que sea una forma de ver las cosas. Pero ese diablo hipotético tendrá un rostro, una identidad, un nombre…

—Ah, si la conociéramos… —Ferrand hizo un encogimiento de hombros—. El comisario Dassin está tras ello. Yo también, a mi modo.

—Pero usted no es policía…

—No —rió Marcel—. Ni tampoco exorcista. Sin embargo, busco, indago.

—¿Por qué?

—Porque mi tío Claude fue una de las víctimas de ese diablo hecho hombre. O mujer, ya que según el infortunado Dupuis, era «un diablo vestido de rosa».

—¿Qué tontería es ésa?

—Lo que usted dice, doctor: una tontería. Pero el color rosa tiene un raro significado en todo este juego diabólico. Me gustaría saber cuál. Sólo sé que lo tiene.

—Color rosa —el médico meneó la cabeza, paseando por su despacho can aire aturdido—. Señor Ferrand, usted podrá ser un detective aficionado, pero creo que imagina demasiadas cosas incongruentes. Es un *puzzle* endiabladamente absurdo. No significa nada.

—Eso es bien cierto. No significa nada. Tenemos tres personas asfixiadas, otra degollada, una amenaza de muerte sobre mí, una canción sentimental que habla de la vida color de rosa, un trozo de tul rosa…, un diablo vestido de rosa…, y una niña que murió con un vestido rosa, en el campanario de la iglesia.

—Cielos, ¿se refiere a la niña de los Bonzac, a la pequeña Denise? —se alarmó el médico, abriendo mucho sus ojos.

—Sí, doctor, a la misma —asintió lentamente Marcel, poniéndose en pie—. Creo que esa muerte absurda pudo ser el principio de todo, pero ¿por qué…?

En ese momento, a su espalda, una voz serena manifestó:

—Sí, señor Ferrand. Es lo mismo que he pensado yo…

El médico y su visitante se volvieron, con sorpresa, hacia la puerta del despacho. Era la enfermera Yvette Leroi, esta vez con bata, medias y zapatos blancos, sin señal de luto en su persona, quien había hecho tan sorprendente declaración.

* * *

El largo corredor, blanco y aséptico, era como una ruta lineal, deslumbrante, en contraste con la negrura exterior, en la noche lluviosa. Un reloj eléctrico marcaba ya las diez y media de la noche, y Marcel Ferrand ni siquiera había cenado.

No sentía apetito, sin embargo. Desde que viera ante sí, sobre las losas de la iglesia de le Bon Dieu el cuerpo sangrante de la opulenta y llamativa hostelera, su estómago no hacía sino contraerse desagradablemente. La idea de comer algo, le producía náuseas.

—Sólo he visto sangre en el escenario. Hemoglobina para la ficción —mientras hablaba, contemplaba las punteras de sus

zapatos, pisando huecamente las baldosas relucientes del hospital —. Es muy diferente ver lo que vi esta noche, señorita Leroi…

—Le creo —se estremeció ella—. En nuestra profesión estamos curados de espanto. Pero cuando he visto el cadáver en el depósito del hospital…, he sentido algo muy parecido. No es igual un accidente que un crimen tan brutal. Jamás vi algo parecido en Saint-Just.

—Sin embargo, no es la primera vez que sucede.

—¿Está seguro? —Le miró la joven y atractiva enfermera de soslayo, sin dejar de caminar corredor adelante.

—Desde luego. Ya se lo dije antes: mi tío, su prometido, Dupuis…, y ahora la señora Zotterg. Una extraña serie.

—Y Denise Bonzac.

—Ella era sólo una niña. Cayó del campanario. ¿Cree que la mataron?

—No lo sé. El padre Laborde asegura que su suplente no vio a nadie arriba en el momento de suceder. La torre estaba vacía. Además, ¿quién querría matar a una niña?

—¿Quién querría matar a un anciano, a un vagabundo, a un joven enfermero y a una hostelera cordial y acogedora? —recitó lúgubremente Marcel—. Además, usted mencionó que el fin de la niña, de Denise Bonzac, pudo ser el principio de todo…

—Pero me refería a otra cosa. Era una niña encantadora. Tan bonita, tan dulce… Puede que su horrible muerte trastornara a alguien. Vestía de color rosa. Un loco pudo tener la idea absurda de querer vengarse sin sentido en los adultos…, en nombre de la niña muerta. Eso le daría cierto sentido al color rosa, ¿no cree?

—La idea no es mala, pero como usted dice, señorita Leroi, tiene mucho de absurda.

—Los locos son absurdos, ¿no?

—No siempre. Dentro de su locura, tienen un método una línea de conducta, por delirante que sea. Esto, si he de serle sincero, no aparenta tener el menor sentido.

—Ya lo sé, pero alguna explicación debe tener.

—Sí, pero ¿dónde, señorita Leroi?

—Por favor, prefiero que me llame Yvette —le pidió ella—. Eso suena demasiado ceremonioso entre dos jóvenes.

—Está bien, Yvette —sonrió Ferrand—. A mí puede llamarme

Marcel. También me gusta más.

—En conclusión, Marcel, ¿qué está usted buscando ahora, de sitio en sitio, como un policía? —preguntó la joven, parándose en seco ante él.

—La verdad.

—¿Por qué? Puede ser peligroso…

—Lo es. Alguien quiere que me marche de aquí, incluso antes de haberme metido en esto. Me gustaría saber por qué nadie tuvo que matar a mi buen tío. Es… es como una deuda que tengo con él, con su memoria. Yo nunca pensé en él. En cambio, él sí pensó en mí y me dejó cuanto poseía. Creo que lo menos que debo hacer en justa compensación, es pensar ahora un poco en él.

—¿Aun a riesgo de su propia vida?

—Siempre se tiene que correr algún riesgo, después de todo. ¿No se arriesgaría usted por averiguar quién encerró a su prometido en aquel garaje, con el escape del motor abierto, aunque ello implicara ciertos riesgos?

—Es lo que estoy haciendo —afirmó ella, muy seria, mirándole directamente a los ojos—. Desde que hablé con usted…, empecé a pensar en ello seriamente. Sus palabras, su gesto, me hicieron comprender que no me creía responsable de un error fatal con su tío. Y que tampoco veía como un simple accidente lo ocurrido a Jules. Empecé a pensar en ello…, y luego, cuando supe hoy lo de la señora Zotterg en la iglesia…, casi estuve segura.

—¿Segura? ¿De qué?

—De que hay un asesino en Saint-Just. Alguien que deambula por este pueblo, sin que nadie sospeche de su persona, cometiendo crímenes horribles y aparentemente absurdos, como si se tratara de un loco, o del espíritu del mal…

—Me temo que tenga un poco de ambas cosas, Yvette. Como también me temo que puede ser alguien a quien todos conocen, y de quien nadie sospecharía ni por lo más remoto.

CAPÍTULO VI

El comisario Dassin dio vueltas nerviosamente a su arrugado sombrero entre ambas manos. La pipa apagada, colgaba inevitablemente de sus labios, mientras contemplaba, cohibido, a la mujer que les había abierto la puerta con un gesto de enorme tristeza en su rostro.

—Lo… lo lamento, *madame* Levigny —dijo afablemente el tosco policía—. No hubiera querido molestarla hoy con una visita impertinente, pero… desearía hacerle unas preguntas, en relación con algo sucedido hace ya algún tiempo…

Juliette Levigny se hizo a un lado invitadora.

—Pase —le pidió—. Usted siempre será bien venido a mi casa, comisario.

Pero se quedó contemplando con gesto de huraño recelo al acompañante del policía, y éste carraspeó, viéndose obligado a manifestar:

—Bueno, este joven es un amigo mío. Ha venido de fuera…, y quería estar presente en nuestra charla, si a usted no le importa, *madame* Levigny.

—No, claro. Siendo amigo suyo… Entren los dos, por favor.

El comisario Dassin y Marcel Ferrand entraron en la casa con aire tímido. El joven forastero se dijo que había algo sobrecogedor en aquella vieja y bien cuidada vivienda a la que les daba paso aquella dama de cabellos canosos, delgado rostro, ojos apagados y expresión triste, con un rictus de amargura en sus delgados labios.

La dama les condujo a un gabinete decorado y amueblado con un estilo anticuado pero muy pulcro y minucioso, ofreciéndoles algún aperitivo si era de su gusto.

El comisario y su acompañante rechazaron la oferta de la dama.

Por los balcones, velados por visillos muy limpios y tersos, se descubría un trozo de calle vieja, en el barrio antiguo de Saint-Just, bajo el cielo eternamente nublado y triste, aunque de nuevo sin lluvia.

—Bien, ustedes dirán —preguntó la señora Levigny, sentándose frente a ellos, a la expectativa, y alisando la falda mecánicamente con sus manos delgadas, huesudas y muy pálidas.

—Señora, lamento tener que volver sobre tema tan doloroso, pero… debemos hablar de Denise Bonzac.

El rostro de la mujer se crispó bajo el impacto de aquellas palabras. Una sombra nubló sus cansados y tristes ojos. De repente pareció más vieja y maltrecha.

—Oh, no… ¿Eso, otra vez? —gimió.

—Sé lo que sentirá, pero me temo que no haya otro remedio. Las circunstancias lo exigen.

—¿Circunstancias? ¿Qué circunstancias? Ya hace dos años de eso. Es mucho tiempo…, y muy poco para cerrar heridas, inspector. Creo que no hay mucho que hablar sobre ello.

—Tal vez no. Me gustaría que fuese así, pero han ocurrido cosas…

—¿Qué cosas?

—Serían largas de contar ahora. Ya se enterará de ellas a su debido tiempo, señora —el policía manejaba con tacto el asunto, pero era obvio que le resultaba muy violento hacerlo, pese a su buena voluntad y experiencia en casos así—. Usted estaba en la iglesia aquella tarde, cuando… cuando sucedió todo, ¿no es cierto, señora Levigny?

—Dios mío, comisario, ¿y aún me lo pregunta? Yo cuidaba entonces de la pequeña Denise… Mi hija Corinne iba acompañándola, como siempre que sus padres no iban con ella. Nunca se borrará de mi mente el momento en que el padre Leducq, el que suplía al padre Laborde durante su ausencia por enfermedad, levantó los ojos desde el altar, donde estaba enseñando a los niños lo que significaba la comunión que iban a tomar en aquellos días, y gritó, angustiado, al descubrir a Denise en la escalera de caracol de la torre, cerca del campanario.

—¿Se asustó la pequeña de los Bonzac con esa alarma que provocó en los asistentes?

—No lo sé. Tal vez fue eso, tal vez fue que perdió el equilibrio. Lo único cierto es que, de repente, vaciló. Perdió el equilibrio, comenzó a oscilar, chillamos todos… Recuerdo que mi hija trató de subir la escalera, que incluso comenzó a hacerlo…, cuando Denise Bonzac cayó desde lo alto, y se estrelló en las losas de la iglesia… —Los ojos de la mujer se cerraron, su rostro se tornó convulso, y ambos hombres pudieron ver sus nudillos, prietos y muy blancos—. Fue espantoso. No sabíamos qué hacer. Mi hija enloqueció, recorrió el templo gritando, hasta caer, y ya jamás ha vuelto a gritar ni a moverse.

El comisario cambió una mirada con Ferrand, sin dejar de dar vueltas al sombrero entre sus dedos. Parecía haber una tremenda carga emocional en el ambiente, algo denso y aplastante que impedía hablar a los dos visitantes, y que hacía más y más difícil su posición ante aquella mujer que tanto sufría al recordar un hecho crucial en su existencia, una tragedia que destruyó su propia vida y la de su hija.

Al policía le sorprendió la sangre fría de su acompañante, cuando la voz suave del joven Ferrand se elevó casi de modo apacible en el hogar anticuado y pulcro:

—¿Podría… podría ver a su hija, señora Levigny? Solamente un momento…

La infortunada mujer alzó los húmedos ojos hacia el forastero, llenos de estupor y de disgusto a la vez. Era como si la hubiesen abofeteado. Como si hurgaran en una herida profunda y todavía dolorosa, sangrante. El comisario Dassin estuvo a punto de interceder, disculpándose en nombre de su amigo.

Pero inesperadamente, algo impidió que lo hiciera. La mujer suspiró, desapareciendo toda hostilidad de su gesto. Tal vez fue la expresión benigna y humana de Ferrand mientras esperaba la respuesta a su petición.

Acaso la ausencia de morbosidad o de simple curiosidad malsana en la mirada del joven.

Lo cierto es que Juliette Levigny se limitó a ponerse en pie y manifestar con voz apagada:

—Síganme, por favor…

Dassin, perplejo, dirigió una ojeada a su acompañante. Luego, éste y el policía siguieron a la señora Levigny a otra estancia de la

casa, tan cuidada y limpia como la anterior.

Estaba sentada frente al balcón velado por transparentes visillos. Era como una estatua en una silla de ruedas. Erguida, inmóvil, los ojos fijos en la mañana nublada, en las calles grises de Saint-Just, por donde desfilaba algún que otro peatón presuroso. Acaso contemplando en su silenciosa abstracción la torre de la Église de le Bon Dieu, allá sobresaliendo por encima de los tejados color pizarra.

Era una joven no carente de belleza, con un cuerpo esbelto y armonioso, sujeto ahora a un asiento de inválida. La mirada azul, perdida y vacía, sin emociones, lo mismo que el resto de su rostro en calma, o sus manos apoyadas sin crispaciones sobre los brazos de su silla.

Sabía Ferrand que tenía ahora diecisiete años Quince cuando ocurrió todo, y su amiguita pequeña, la dulce y mimada Denise Bonzac cayó de las alturas, para aplastarse sobre las losas de la iglesia, ensangrentando su vestido color de rosa.

Se aproximó a ella con cautos pasos. Estudió su faz inmóvil, inexpresiva, a la claridad gris del exterior. No captó en la muchacha ni la sombra de una emoción, ni un parpadeo en aquellos bonitos ojos azules.

—Hola, Corinne —saludó despacio Marcel.

No hubo respuesta. Dassin se rebulló, incómodo.

—Déjelo, mon ami —pidió—. No le oye siquiera. Nunca oye nada. Y tampoco responde Todo esto no conduce a nada…

—Tal vez. Pero quería saber si se puede conversar con ella, si al menos escucha.

—No, señor —negó dolorosamente su madre—. Nunca escucha. No habla. No se mueve. No siente nada. Siempre está tal como usted la ve. El médico ha perdido toda esperanza de que algún día vuelva a ser la que fue.

—Ella no está paralítica de su cuerpo, de sus piernas o de su columna vertebral, señora Levigny —respondió Ferrand lentamente —. Es su mente la que se paralizó. Su mente puede curarse. Siempre existe esa posibilidad. Si fuese un mal físico, sería distinto.

—No se esfuerce. Varios médicos lo han intentado iodo. Fue inútil.

—Todo…, menos volver a aquella tarde en la iglesia —dijo

Ferrand con gravedad—. Todo, menos intentar que recuerde, que vea de nuevo con su imaginación lo que entonces vio. Que no se encierre en un mundo donde nada ve, ni oye ni siente. Eso es lo que nadie ha intentado, *madame*.

—Creo que es suficiente, Ferrand —le avisó Dassin, incómodo—. Vamos ya.

—Sí, vamos. —Marcel suspiró profundamente, mirando a la muchacha. Meneó la cabeza de un lado a otro—. Me voy, Corinne. Pero me gustaría hablar contigo alguna vez. Me oyes, ¿no es cierto? No finjas estar en otro mundo, no sentir las cosas de éste. Yo sé que me oyes. Yo sé que puedes salir de esa silla, levantarte y andar, sentir, llorar, recordar a tu pequeña amiguita Denise… Que puedes incluso cantar… Cantar, ¿recuerdas, Corinne?

E inesperadamente, como si fuese una burla cruel en aquel ambiente de hogar roto y de vidas amargas, Marcel Ferrand comenzó a cantar.

Su voz fue solo un canturreo, un modo simple de tararear en tono bajo una melodía.

La vie en rose.

Madame Levigny le miró con profundo estupor y disgusto. Dassin carraspeó, molesto, decidido a sacarle de allí aunque fuese por la fuerza.

Y, de repente, sucedió lo increíble. Lo que nadie podía prever.

Corinne Levigny lanzó un terrible grito de horror, sus ojos azules se dilataron enormemente, su cuerpo se irguió, levantándose en la silla de ruedas, sus manos soltaron los brazos del asiento…, y luego cayó pesadamente al suelo, arrastrando consigo la silla, pero sin que ésta se desplomara sobre ella, gracias a la rápida acción de Marcel Ferrand para evitarlo.

Madame Levigny, tras un grito ronco de sobresalto e incredulidad, estalló en sollozos y se precipitó hacia su hija inconsciente.

* * *

—¿Puede explicarme lo que se propuso con todo eso, Ferrand?

El joven forastero dejó que el comisario hiciera arrancar su coche, un viejo y destartalado «Renault», antes de darle una

respuesta satisfactoria. Tras ellos quedó la vivienda de *madame* Levigny y su hija, con el automóvil del doctor François detenido ante la puerta, y un grupo de curiosos fisgoneando en torno a la casa.

—Justamente lo que ocurrió, comisario. Despertar en la paralítica alguna fibra dormida, insensibilizada Estaba seguro de que tenía que haber un punto débil en su psicosis de parálisis total, de distanciamiento de este mundo, de la propia realidad.

—¿Estudió usted psiquiatría tal vez? —refunfuñó el policía, conduciendo por las callejuelas mojadas de Saint-Just.

—No, comisario —sonrió Ferrand—. Pero he leído libros sobre el tema. Me fascinan los problemas del subconsciente humano. Esa muchacha tenía que reaccionar ante algo.

—Y reaccionó ante La Vie en rose. ¿Por qué, Ferrand?

—Porque evidentemente, la niña, Denise Bonzac, acostumbraba a cantarla. Tal vez la estaba tarareando infantilmente, mientras deambulaba por el campanario, antes de caer. Así era, sin duda, o Corinne Levigny no hubiera reaccionado así.

—Muy bien. La niña de los Bonzac canturreaba esa canción. Corinne Levigny reaccionó ante ese impacto. Pero ¿cómo diablos lo supo usted, Ferrand? Se supone que el policía soy yo…

—También me entusiasman las novelas policíacas, comisario. Y creo en ese método deductivo que usted tanto desprecia. De ese modo, llegué a la conclusión de que tenía que existir un motivo para que alguien tararease la canción La vie en rose cuando mataba. Denise Bonzac murió vestida de rosa. ¿Por qué no suponer que todo tuvo su origen en eso?

—¿Se refiere a los crímenes?

—Sí, me refiero a los crímenes. Por alguna razón, el asesino los comete mientras recuerda la muerte de Denise Bonzac.

—No tiene mucho sentido. Ya lo he pensado varias veces, pero ¿qué diablos tendrían que ver con la niña su tío Claude, pongamos por caso? ¿Y el enfermero Prevert? ¿Y el vagabundo Dupuis? ¿Y la señora Zotterg, que entró en la iglesia simplemente para orar un poco en silencio, y encontró la muerte dentro de la casa del Señor? ¿Qué relación ve usted a todas o a alguna de esas personas con la muerte trágica y desgraciada de la pequeña Denise?

—Ninguna, lo admito —agitó expresivamente Marcel sus manos

—. Esté seguro de que si supiéramos eso, tendríamos ya la identidad del criminal.

—Sí, es posible —el coche del comisario abandonó el pueblo, alejándose de éste por una alameda bordeada de delgados y pelados sauces, bordeando el arroyo que más tarde iba a desembocar en el río. Las ruedas levantaban agua cuando penetraban en algún charco del camino—. Ahora confío en que se comporte usted con tacto en casa de los Bonzac. La esposa está todavía bajo los efectos de aquel terrible suceso, aunque aparente haberlo superado todo con gran entereza. Y su marido es un hombre autoritario y enérgico, a quien no le gusta que nadie rompa su intimidad. Es lo bastante rico para conseguir que su vida sea estrictamente suya y nadie se entrometa en ella.

—Sí, esa impresión saqué la primera vez que hablé con él —asintió Marcel, pensativo, contemplando el paisaje invernal y las lejanas brumas que flotaban sobre el canal—. ¿Culparon ellos a la señora Levigny de negligencia cuando la niña se mató?

—Que yo sepa, se portaron con gran dignidad y muy serenos. No, no culparon a nadie. Se reprocharon repetidas veces haber sido demasiado tolerantes con su hija, haberla permitido ir sola con su amiguita, Corinne Levigny, a todas partes. El padre parecía culparse de no haber estado ese día en la iglesia, junto a su hija, pero sus negocios le retenían fuera de Saint-Just, y no pudo nunca imaginar tal horror.

—¿Y la esposa? ¿Por qué no fue a la iglesia?

—*Madame* Bonzac… no ha sido nunca muy creyente —carraspeó el comisario—. Sólo desde la muerte de la niña cambió…, y parece ahora ser una fervorosa cristiana. Incluso el padre Laborde se ocupa de auxiliarla espiritualmente. Tal vez sean remordimientos, no sé… Lo cierto es que ahora sí va a la iglesia todos los días de fiesta.

—Entiendo. Los recuerdos de su hija la atormentan de tal modo…, que incluso lleva el coche pintado de rosa…

—Ése fue uno de los caprichos de la niña. Desde entonces no ha querido que su esposo borrase o cambiase ese color de su automóvil. El nuevo automóvil, también va pintado en rosa, aunque no totalmente.

—Extraña gente los Bonzac —comentó Ferrand, pensativo—. Negocios, fortuna, una tragedia en sus vidas, un coche color de

rosa, un complejo industrial, una mujer atea que se hace creyente, una niña que cantaba La vie en rose y se cayó desde un campanario.

—¿Qué está diciendo? —Gruñó Dassin, mirándole asombrado—. Dicho así, parece uno de esos absurdos cuentos infantiles, algo así como un capítulo de disparates sacado de Alicia en el País de las Maravillas No tiene sentido, Ferrand.

—Exacto —suspiró el joven—. No tiene sentido, comisario. Sin embargo, todo cuanto he dicho es la pura verdad. Igual que estos asesinatos. No tienen sentido alguno. Pero están ocurriendo. ¿Por qué? Es lo que estoy preguntándome desde un principio…

—Deje sus brillantes deducciones —le atajó su compañero—. Mire. Allí está la propiedad de los Bonzac.

CAPÍTULO VII

Era la imagen opuesta a la Maison Rose.

Extensos y bien cuidados jardines, setos perfectamente recortados, balaustradas de piedra, estatuas blancas salpicando el jardín, una rotonda umbría, un invernadero encristalado, una arboleda amplia en la parte posterior. Y en medio de todo ello, un gran edificio de ladrillos rojos y tejado de pizarra, con dos plantas, numerosas cristaleras, miradores y porche con columnas.

La casa de un millonario, ciertamente. Por la puerta entreabierta de un garaje, se descubría el «Citroën» rosa y negro, y al chófer limpiando su motor. Un jardinero podaba los setos en otra ala de los amplios jardines, y una doncella barría la balaustrada y terraza de la planta alta. El servicio no escaseaba en aquella mansión.

Un mayordomo silencioso y altivo les condujo a presencia del propio Valery Bonzac. El millonario les recibió envuelto en una bata de lana color vino Burdeos, con solapas grises. No se había separado de su boquilla de ámbar y oro, en la que estaba ahora ajustando un largo cigarrillo.

—Comisario, qué placer verle por aquí… —saludó cordialmente. Luego miró con gesto de curiosidad a Marcel, y boceto una sonrisa de circunstancias—. Vaya, volvemos a vernos, *monsieur* Ferrand… ¿Acaso ha decidido vender?

—Todavía no —rechazó el joven con otra sonrisa—. Vine a Saint-Just con los bolsillos vacíos, pero el Banco ha sido muy cortés anticipándome algún dinero.

—Si está dispuesto a vender, yo también puedo anticiparle una suma importante…

—No, gracias. Debo pensarlo.

—Bien, como guste. —Bonzac se volvió hacia el comisario,

pensativo—. ¿A qué debo el honor de su visita? Creí que venía solamente para acompañar al joven señor Ferrand para su operación comercial…

—No, no —negó vivamente Dassin—. Estoy aquí por motivos profesionales.

—Ya. Es el policía quien me visita, no el amigo, ¿he entendido bien? —La mirada del millonario se había hecho súbitamente fría.

—Algo así —aceptó sonriendo Dassin—. El señor Ferrand es un gran aficionado a las encuestas policiales, y no he visto inconveniente en que me acompañe, pero si usted prefiere que charlemos a solas, yo.

—No, no tengo ningún inconveniente —cortó rápido Bonzac—. El señor Ferrand es un recién llegado, pero hay que considerarlo uno de nosotros, puesto que su tío Claude fue buen amigo de todos. Además, el interrogatorio no será tan severo…

—No es un interrogatorio, *monsieur*, claro que no —se apresuró a rechazar vivamente el policía—. Estamos efectuando una serie de encuestas sobre lo sucedido últimamente en Saint-Just, y… y pensé que valdría la pena venir a verles a ustedes.

—¿Con qué motivo? —se interesó Bonzac, tras invitarles a acomodarse en los sofás de su *living*, amplio y luminoso incluso en día nublado como aquél—. ¿Tengo yo algo que ver con los sucesos de estos días, comisario?

—Seguro que no, Pero tal vez pueda ayudarnos a recordar algo que nos pasó desapercibido en una encuesta particularmente dolorosa para usted y su señora…

—Creo entenderle —el tono del millonario se hizo seco—. Se refiere a… a Denise, ¿no es cierto?

—Muy cierto, *monsieur* —suspiró Dassin, sabiendo el terreno resbaladizo que estaba pisando—. Claro que no estamos seguros de que tenga relación alguna con todo esto, pero…

—Pero las teorías del señor Ferrand le han hecho dudar —la mirada de Bonzac, al lijarse en Marcel al decir esto, tomó un destello acerado, frío y casi agresivo—. Ya expuso algo así ante mi esposa…, y provocó su desvanecimiento.

—Lo sentí de veras, señor Bonzac —se excusó en el acto Ferrand —. No debí ser tan brusco, lo admito. Pero yo entonces no podía imaginar que una simple melodía iba a impresionar tanto a su

esposa…

—Nuestra hija canturreaba siempre La vie en rose. Tenía obsesión por el color rosa.

—Una curiosa obsesión infantil —admitió Dassin con tacto—. Alguien está utilizándola ahora para dar un tinte siniestro a estos crímenes…

—¿Crímenes? —repitió Bonzac—. ¿Está seguro de que realmente lo son, comisario?

—Después de lo sucedido con la infortunada señora Zotterg, en la propia iglesia, no hay ninguna duda al respecto. El padre Laborde escuchó alejarse a alguien que entonaba esa melodía… Por desgracia, no pudo perseguirle. La emoción era demasiado grande, tras el hallazgo de la víctima, para que pudiera pensar con serenidad. Además, tal vez no hubiera llegado a dar con él. Nuestro asesino parece persona muy ágil…, y rápida en sus actos.

—Comprendo. —Bonzac parecía irritado, molesto con todo aquello—. Pero yo insisto: ¿por qué se empeñan en relacionar lo de mi pobre hija con… con esa serie de horrores tan sórdidos y brutales? Ella fue víctima simplemente de un accidente fatal…

—¿Está seguro, señor Bonzac?

El millonario se sobresaltó, volviendo la cabeza hacia quien le hacía la pregunta. Marcel Ferrand se mostró con un gesto inocente, casi apacible, sin desviar su mirada del financiero.

—¿Qué ha querido decir con eso, *monsieur*? —se excitó Bonzac.

—Justamente lo que he dicho. ¿Está seguro de que la niña cayó desde el campanario por sí sola, sin nadie que la empujara?

—¡Ferrand! —Ahora era el comisario Dassin quien se mostraba escandalizado—. ¿Pero adónde pretende ir ahora a parar?

—Déjele, comisario —le contuvo Bonzac fríamente—. Deje que hable. Señor Ferrand, ¿qué horrible posibilidad sugiere usted con esas palabras?

—Una muy simple. Estamos ante un loco asesino, como parece evidente. Un loco obsesionado por el color rosa. Y por una canción. Ambas cosas eran del gusto de su infortunada hija, señor Bonzac. ¿Por qué lo son también del asesino, con tan diferentes motivos, en una mentalidad tan radicalmente opuesta? Sólo se me ocurre una respuesta: quienquiera que comete estos crímenes, lo hace impulsado por algo que sucedió ya antes, acaso un primer crimen,

voluntario o involuntario, que pudo ser la muerte de su hija.

—Pero… pero eso es absurdo… Mi hija murió en una iglesia…

—También *madame* Zotterg —le recordó fríamente Marcel—. En una iglesia también puede haber un asesino. Sería la encarnación misma del Mal, como diría el padre Laborde. El Diablo en Saint-Just. El Diablo en la Église de le Bon Dieu, manchando de sangre el sagrado recinto, como una blasfemia. Tal vez alguien en lo alto del campanario atrajo a la niña con engaños, la hizo subir…, y luego todo sería tan fácil. Un leve empellón.

—¡Por Dios, calle! —jadeó el padre, palideciendo.

—Señor Bonzac, ni siquiera a nadie se le ocurrió subir al campanario, una vez que la pobre niña cayó a las losas. ¿A quién se le iba a pasar semejante idea por la cabeza, si para todos los presentes era sólo un desgraciado accidente, causado por la imprudencia de una niña mimada, a la que sus padres ni siquiera acompañaban?

—No es posible, no pudo suceder algo así… —Casi gimió Bonzac, ocultando el rostro entre las manos, mientras Dassin miraba silenciosamente a ambos—. No puedo creerlo… ¿Quién… quién desearía hacer daño a una niña, a una criatura como… como mi pobre Denise?

—Alguien obsesionado con el color de su vestido, con su cancioncilla… Alguien que hacía del rosa el leit motiv de una peligrosa tendencia homicida. Un psicópata. Un loco.

—Un loco… —Bonzac apartó las manos de su rostro—. Pero ¿quién, por el amor de Dios? ¿Quién?

—Oficialmente, sólo hay un loco en Saint-Just —comentó Dassin con voz cansada—. Pierre Bordillac. Siempre anda deambulando por ahí, robando lo que puede. A veces trabaja en cosas simples para Vanel, el almacenista…

—Bordillac —los ojos de Bonzac se dilataron repentinamente, fijos en el comisario—. Sí, el maldito Bordillac… El loco, el tonto de Saint-Just… Lo recuerdo, comisario. Lo recuerdo muy bien. Y tengo motivos para ello. El… él se llevó una vez a Denise al parque… Virtualmente…, la raptó. La raptó, sí, aunque no le causó ningún daño, y ella pudo volver sana y salva, cuando mi mujer dio con ella. No denunciamos a Bordillac entonces, porque nos pareció un pobre diablo, y lloró, jurando que sólo quería jugar con ella. El único daño

que le causó fue un roto en el vestido…, jugando. ¡Comisario, ese día, mi hija llevaba un vestido color rosa!

—Lo estaba empezando a imaginar —suspiró Dassin, incorporándose cachazudamente—. Amigo Ferrand, vamos ya. Volvamos al pueblo. Tengo que detener a Pierre Bordillac…

En aquel momento, en algún lugar de la casa, sonó, sincopada, la melodía La vie en rose, tal como se escucha en las cajas de música.

Valéry Bonzac soltó una imprecación y corrió hacia la puerta de la sala con gesto excitado. Abrió la puerta corrediza casi con violencia. Ante los visitantes, apareció Jacqueline Bonzac, su esposa, llevando consigo una cajita de música abierta, de la que brotaban las sincopadas, dulces notas de la canción mientras sobre un redondo espejito, bailaba una danzarina de *ballet*, siguiendo el ritmo de la melodía.

La bailarina vestía de color de rosa. *Madame* Bonzac escuchaba arrobada, contemplando fijamente la cajita.

—¡Jacqueline! —clamó su esposo, quitándole con energía el objeto de la mano y cerrándolo brusco—. ¡Te dije que no tocaras nada de la habitación de Denise! ¡Y menos aún esa caja!

Su esposa le miró vagamente, con tristeza. Luego, contempló a Dassin y, finalmente, al propio Marcel Ferrand. Súbitamente, rompió a llorar. Su marido parecía perplejo.

—Jacqueline… —musitó—. No, eso no… Es la primera vez que lloras desde… desde…

Ella seguía sollozando. Dassin parecía desear estar a mil leguas de allí en esos momentos, y el sombrero entre sus cortos y recios dedos era una veleta en día de viento. De pronto, la dama, mirando a Marcel a través de sus lágrimas, susurró:

—Es mejor así. ¿Verdad que es preferible llorar, *monsieur*?

—Claro, *madame* —asintió Marcel con ternura. Dio unos pasos hacia ella—. Llore. Es lo mejor que puede hacer. Se sentirá mejor. Mucho mejor…

—Si yo hubiera ido entonces con ella…, si hubiera entrado en la iglesia… Denise no estaría muerta ahora —se la oyó sollozar y hablar a la vez—. La hubiera salvado…

—No, señora —negó Dassin, para consolarla—. Nadie hubiera podido salvarla.

—Yo, sí —gimió la dama—. Yo, sí Yo había visto arriba, en su habitación…, el dibujo que hizo mi pobre hija… El dibujo… de su asesino…

Bonzac miró a su mujer con un asombro sin límites. Dassin y Ferrand cambiaron una rápida mirada. Fue el millonario quien apremió a su esposa:

—¡Jacqueline! ¿Qué es lo que dices? ¡Jamás me hablaste de dibujo alguno!

—Fue en su álbum de dibujo… —sollozó ella—. Allí está…, ese dibujo horrible… Lo hizo después… después de aquel día en que aquel loco la… la llevó con él al parque…

—Bordillac… —musitó el millonario, mortalmente pálido—. Era él, entonces…

—Vamos, Ferrand —le indicó Dassin vivamente a su compañero —. Señora, llévenos arriba. Necesito ese dibujo…, como prueba contra el asesino.

Ella, dócilmente, les condujo escaleras arriba, mientras su esposo no parecía salir de su asombro.

* * *

—Comisario, ¿está seguro de lo que hace?

—Sí, Vanel —asintió Dassin tristemente, meneando la cabeza de arriba abajo—. Estoy seguro, y muy seguro. Estoy arrestando a Pierre Bordillac, acusado de asesinato.

—No puedo creerlo. Es un pobre chiflado, solamente… —protestó de nuevo el almacenista, contemplando las muñecas esposadas de Bordillac y su gesto estúpido e indiferente en el rostro belfo, torpe y desaliñado—. Jamás causó daño alguno a nadie…

—Eso es asunto nuestro, Vanel —dijo el comisario con paciencia —. Existen ciertas evidencias que pueden cambiar mucho las cosas. Lamento hacer esto tanto como tú, pero si Bordillac es lo que imaginamos, su libertad es un peligro para todos, aunque no lo creas. En marcha, muchachos.

Los dos gendarmes uniformados que Dassin llevaba consigo para prender al subnormal en el almacén de Georges Vanel, empujaron al detenido al interior del coche celular de la gendarmería de Saint-Just. Numerosos curiosos se agolpaban en los alrededores,

contenidos por otros dos gendarmes de los seis números con que contaba Dassin para imponer la legalidad y el orden en el lugar.

Una furgoneta cargada con cajas de botellas vacías, garrafas y envases de recambio, se detuvo ante el almacén en esos momentos. Un mocetón joven, fornido y moreno, de camisa sin abotonar, pecho velludo y manos musculosas, bajó del vehículo, contemplando con perplejidad la escena.

—Cielos, ¿pero qué ocurre aquí? —se interesó—. ¿Ha hecho algo malo el bueno de Bordillac?

—No lo sabemos aún. Tal vez matar a un puñado de personas —le espetó Dassin, dejándole con gesto de estupefacción—: Le va a costar trabajo probar su inocencia, Bertrán, amigo.

El comisario se alejó con su prisionero, en el coche celular. Los dos gendarmes de servicio alejaron a la gente y se marcharon ellos mismos de la zona. Quedaron allí solamente el almacenista Vanel, y Lucien Bertrán, el mozo repartidor, mirándose ambos con perplejidad. Y también una persona apoyada en un coche aparcado frente al almacén, que contemplaba a su vez a los dos hombres.

Luego, lentamente, esa tercera persona se movió hacia ellos sin prisas.

—¿Usted es *monsieur* Vanel, el dueño del almacén? —preguntó.

—Sí, en efecto —el almacenista se volvió, escudriñando al que llegaba—. Y usted, supongo, es el joven Ferrand, el sobrino del viejo Claude…

—Eso es —asintió Marcel, sonriente.

—He oído hablar bastante de usted estos últimos días. Parece que está muy unido al comisario en la investigación, y que ha sido usted quien empezó a sentir sospechas de que había un asesino en Saint-Just…

—Así es —afirmó Marcel—. ¿Usted no lo cree?

—Me cuesta trabajo creerlo. Una comunidad como la nuestra, no es el lugar donde uno imaginaría la presencia de un criminal. Pero lo ocurrido a la pobre Nicole Zotterg me hace pensar de otro modo. Claro que en modo alguno admitiré nunca que Pierre Bordillac sea el asesino.

—¿Por qué no?

—Es inofensivo. Chiflado, sí. Subnormal. Pero solícito y servicial. Un buen chico, aunque algo raro, como no podía ser

menos, dado su estado mental.

—Se supone que el asesino es un loco.

—Bordillac es un tonto, no un loco. Lleva toda su vida en Saint-Just. Jamás provocó líos.

—¿Sabe si le gusta el color rosa?

—¿Cómo? —Parpadeó Vanel.

—Olvídelo. ¿Canturrea a veces?

—¿Bordillac? Oh, sí, muchas veces. Ellos siempre lo hacen.

—¿Qué canta?

—Cosas. De todo. Lo que oye en la radio, en la televisión o en la calle.

—¿Algo así, alguna vez? —Y Marcel tarareó La vie en rose.

—Tal vez también —se encogió de hombros Vanel—. Eso es lo de Edith Piaff, ¿no? Pero bueno, ¿usted qué es lo que pretende saber con todas esas tonterías, Ferrand?

—Yo le he oído canturrear eso a Bordillac muchas veces.

Ferrand se volvió hacia el que hablaba. Era Lucien Bertrán, el repartidor.

—¿De veras? —insistió.

—Ya lo creo —sonrió el mocetón—. Creo que es su canción preferida. Cuando me ha ayudado a descargar, le he oído cantar La vie en rose de ese modo, sin decir la letra, en infinidad de ocasiones.

—Eso puede ser importante cuando se procese a Bordillac, amigo mío —habló Ferrand, con gesto radiante—. Las piezas van encajando poco a poco.

—¿Qué piezas? ¿Es que van a acusarle de algo serio? —se interesó Bertrán.

—De varios asesinatos.

—¡Jesús! —Se persignó el mozo—. ¿Bordillac? Parece tan inocente…

—Muchos asesinos lo parecen, Bertrán. —Marcel Ferrand sacó de su bolsillo un papel doblado, recio. Lo desplegó. Era una hoja de álbum, de papel de barba, propia para dibujo. Estaba dibujada, realmente. Con trazos ingenuos, infantiles. En colores trazados torpemente con lápices de cera—. Vean esto. Será una de las pruebas contra Bordillac.

—¿Qué es? —se interesó Vanel, acercándose con viva

curiosidad.

—El dibujo de una niña de siete años. El dibujo de un asesino, como verán…

Los dos hombres se inclinaron, mirando el dibujo. Allí se veía, con trazos ingenuos y elementales, a una niña correteando entre flores y árboles. Vestía de color rosa, y tras ella iba un hombre alto, algo calvo, de pelo ralo, de rostro largo y bobalicón, esgrimiendo entre sus manos una bufanda como para estrangular a alguien. Y de un bolsillo de un gabán corto y desgarrado, asomaba un enorme cuchillo.

—El hombre es Bordillac, no hay duda —asintió Vanel, asombrado—. La niña lo dibujó muy bien. ¿Quién hizo esto?

—Denise Bonzac.

—Cielos… —Bertrán resopló, echándose atrás—. ¿Y ella también fue asesinada?

—Tal vez. Es lo que el comisario debe averiguar ahora. —Ferrand guardó el dibujo en su bolsillo—. Este papel puede ser una prueba decisiva.

—¿Y siéndolo…, lo lleva usted encima, en vez de estar en la prefectura? —se sorprendió el almacenista.

—No, señor Vanel —sonrió Ferrand—. Yo sólo llevo una copia que hice del original. El que dibujó la niña está en el mismo álbum de donde yo arranqué esta hoja para copiarlo. Ése será la prueba, no éste. Pero les aseguro que es una copia exacta, fidelísima.

—En ese caso…, me temo que al pobre Bordillac le quedan pocas posibilidades de librarse de la guillotina —refunfuñó Bertrán, meneando la cabeza con pesar—. Cielos, uno nunca acaba de conocer a la gente con la que convive…

Y se alejó, con expresión abatida, para descargar la furgoneta.

CAPÍTULO VIII

—Es terrible, *monsieur* Ferrand. No se habla de otra cosa en todo el pueblo. En el mercado, en la boulangerie, a tout heure… Siempre lo mismo… Bordillac y esa pobre niña de los Bonzac, el arresto, el dibujo, los asesinatos… —*Madame* Roquevert depositó ante Marcel una cassolette de aspecto apetecible, y escanció vino tinto, de «Macon Rouge», en su copa—. ¿No hay ninguna novedad sobre todo ello? ¿No ha confesado ya?

—No, *madame*, todavía no, que yo sepa —negó suavemente Marcel, con una leve sonrisa, partiendo el bollo de blanco pan con sus dedos—. Cuando abandoné la gendarmerie, seguía el interrogatorio. El pobre diablo seguía negando, decía que él quiere mucho a los niños, que nunca les haría daño…

—¿Pauvre diable? —repitió la hostelera con su fuerte acento normando—. ¿Aún le llama usted así, después de cuanto ha hecho ese monstruo?

—Bueno, después de todo, aún no es un convicto. No ha dicho que sea el asesino.

—¿Hace falta que lo diga? ¡Todos los asesinos juran ser inocentes! —protestó la dueña del Hotel de
L'Etoile.

—No los que son como Bordillac, *madame*. Él es un subnormal. Puede negar todo al principio, pero si realmente es culpable, terminará confesando la verdad, ya lo verá. Mientras tanto, oficialmente, es sólo un sospechoso.

—Dios mío, pensar que a veces estuvo aquí con Bertrán, ayudándole a descargar los pedidos, incluso acompañándole hasta la bodega o la cocina… Cielos, me estremece pensar que también pudo haberme matado a mí, como mató a su pobre tío en el

hospital, o a la señora Zotterg en la iglesia…, o al desgraciado Dupuis en plena calle…

Marcel no dijo nada de momento. Alzó la mirada, enarcando las cejas, y jugueteó con la cuchara de madera dentro de su cassolette humeante. Retiró la cazuelita ante el gesto de protesta de su patrona, y manifestó, tomando un sorbo de vino y poniéndose en pie:

—No tengo apetito hoy, *madame* Roquevert. Lo siento. Quizá mañana será distinto.

—Oh, es una pena… Una verdadera pena. Está muy bien guisado…

—Lo sé, lo sé… Repentinamente, he notado que no podría probar bocado sin sentirme mal. Le prometo hacer mañana los honores a su cocina, *madame*. Ahora debo ir a hacer algo que había olvidado por completo…, y que usted me ha recordado muy inteligentemente.

—¿Yo? —se sorprendió la hostelera.

—Sí, usted —oprimió su brazo afectuosamente—. *Madame*, por cierto, habló usted de cuando Bordillac venía con Bertrán, el repartidor… ¿Recuerda si él vino también la otra tarde, cuando yo llegué a Saint-Just y estaba arriba, aseándome? Me acuerdo que usted citó solamente a Bertrán…

—Y así fue. Esa tarde, Lucien venía solo, estoy segura. No vi a Bordillac por ninguna parte. ¿Por qué me pregunta eso?

—Por nada, señora Roquevert, por nada —suspiró Marcel, camino de la salida del comedor—. Sólo que, de repente, me he puesto a pensar sobre lo difícil que debe serle a un tonto conseguir autorización para deambular por un hospital…

* * *

—¿Bordillac? Cielos, señor Ferrand, ni a él ni a nadie parecido se le autorizaría a pisar las dependencias hospitalarias. Sería demasiado arriesgado. Un subnormal entre pacientes más o menos graves… —El doctor Vincent François se quitó las gafas con un lento gesto de cansancio y sacudió negativamente la cabeza. Luego, clavó sus ojos inteligentes y sagaces en su visitante—. ¿Por qué ha venido a preguntarme eso?

—Sencillamente porque suponía que iba a darme justamente esa respuesta —sonrió Marcel, contemplando distraído unas radiografías puestas al trasluz para su examen clínico.

—Entonces, pudo ahorrarse la molestia.

—Es cierto. Sólo que aprovecharé la visita para hacerle alguna otra pregunta.

—Señor Ferrand, empieza a hacerse usted un poco irritante, molesto diría yo —le cortó agriamente el médico—. No es usted policía. Aunque haya hecho amistad con el viejo Dassin, eso no le autoriza a venir a molestarnos a todos con preguntas impertinentes. De modo que será mejor que se marche. No puedo perder el tiempo con usted a cada momento.

—Doctor François, siempre es mejor responder unas pocas preguntas amistosas que tener que atender una demanda legal por negligencia en el trato de un paciente gravísimo, negligencia que le causó la muerte.

—¡Señor Ferrand! ¿Qué pretende decirme con eso? —se indignó el médico—. ¡Todo el mundo sabe que su tío fue aquí bien atendido, que no hay otra explicación para su muerte que la intervención de una mano criminal, como usted y el comisario aseguran, o un fallo imputable al aparato de oxígeno, que nadie pudo prever!

—Fuese lo que fuese, significaría negligencia peligrosa por parte de este hospital —le recordó fríamente Ferrand—. Al menos, una demanda judicial por ese concepto, crearía muchos y engorrosos problemas al centro…, y a usted, doctor François, como director de él.

—Es, es la coacción más vil que jamás he presenciado. Sus palabras me ofenden, señor Ferrand pero no puedo hacer nada por arrojarle de aquí como se merece —resopló, dejándose caer en su asiento, malhumorado, y poniéndose de nuevo las gafas con un ademán de ira—. Hable. Y lo antes posible, señor Ferrand. Su presencia me resulta obviamente molesta.

—Lo creo. Pero será mejor para usted y para su hospital que no quepa duda alguna sobre el hecho criminal. Eso les librará definitivamente de toda sombra, de duda sobre una negligencia que no existió. Alguien que podía moverse por este centro sanitario sin despertar sospechas, se metió en la sala de cuidados intensivos,

aprovechando una breve ausencia de la enfermera Leroi, y mató a mi tío, desconectando el conducto del oxígeno. El tiempo justo para asfixiarle, ¿no es cierto?

—Sí, muy cierto —admitió de mala gana el doctor François—. ¿Adónde va a parar?

—A una conclusión lógica: nadie hubiera permitido a un infeliz anormal como Bordillac, deambular por ahí como un visitante cualquiera. Tuvo que ser otra persona muy diferente.

—Eso resulta obvio, pero ¿quién, entonces? ¿Por qué han detenido, en ese caso, a un inocente?

—Porque había un dibujo acusatorio, doctor. Sólo por eso… —Ferrand meneó la cabeza, Caminando hacia la salida—. Doctor, ¿cómo era el jefe de enfermeros Jules Prevert?

—¿Jules? —Pestañeó el médico—. Muy eficiente. Muy profesional. ¿Por qué lo pregunta?

—No me refería a eso. ¿Cómo era… físicamente?

—Joven, alto, atlético… Un hombre guapo, decían las mujeres. Sobre todo, Yvette… ¿A qué viene eso?

—Aún no estoy seguro, doctor. Pero esperaba esa respuesta… Ha sido muy amable —abrió la puerta—. Perdone la coacción. No pensé en ningún momento en presentar una demanda, esté seguro… Ah, por cierto, ¿cómo está la muchacha, la hija de *madame* Levigny?

—Eso es algo que le tienen que agradecer a usted y a sus métodos —suspiró el médico—. Está bien. Muy bien. Se recupera del *shock*. Habla, se mueve, llora… y piensa. Sobre todo, piensa. En su pequeña amiguita Denise, en lo sucedido en la iglesia…

—¿Ha mencionado algo concreto, doctor?

—Se lo referí ya al comisario esta misma tarde… —El doctor François entrelazó sus dedos, en actitud meditativa—. Corinne Levigny está segura de haber visto una sombra en lo alto del campanario. Alguien moviéndose, cuando Denise empezó a caer…

—El asesino estaba allí. Esperando… —Ferrand movió lentamente su cabeza—. Fue capaz de empujar al vacío a una pobre niña… El padre Laborde tuvo razón en algo. Es el diablo en persona. El diablo vestido de rosa, como diría el pobre Dupuis al morir…

Y salió, cerrando la puerta suavemente tras de sí, para encontrarse en el corredor del hospital a la joven enfermera Yvette

Leroi, que se detuvo al verle.

—Marcel… —dijo con grata sorpresa—. ¿De nuevo por aquí?

—Sí. Empiezo a ser un habitual de este centro, Yvette —sonrió el joven—. ¿Todo bien?

—Bastante mejor que antes de venir usted a Saint-Just —suspiró ella—. Ahora ya sé que no fue negligencia mía. El asesino hubiera entrado igual en aquella estancia, en cualquier otro momento, si su idea era matar a su tío. Pero ¿por qué cree que lo hizo?

—Si fuese Bordillac, diría simplemente que porque está loco y siente impulsos homicidas. Pero he llegado a la conclusión de que las cosas no son tan sencillas, Yvette.

—Todo el mundo habla del arresto. ¿No es Bordillac el asesino? —se sorprendió ella.

—Quizá no. ¿No le sorprendería ver a un tipo como él andando por aquí sin despertar sospechas ni alarma?

—Por supuesto. —Yvette puso gesto de perplejidad—. No se me había ocurrido…

—Ni a mí tampoco Fue algo repentino, un comentario de mi patrona. Un subnormal sería visto en una calle, en la iglesia o en las proximidades de un garaje, sin despertar sospechas especiales en nadie. Pero dentro de un recinto hospitalario… Eso no encajaba. Y si él no mató a mi tío, es que no mató a nadie.

—Entonces, ¿por qué sigue detenido?

—El único convencido de su inocencia soy yo. La policía necesita algo más que un presentimiento para dejar en libertad a un sospechoso. Hasta ahora, la teoría del loco era la más razonable. Y Bordillac es el loco oficial de Saint-Just.

—En ese caso.

—En ese caso, Yvette…, hay otro loco que oculta celosamente su enfermedad mental… o el asesino es alguien tan cuerdo como usted y como yo.

—Me asustan sus palabras, Marcel. Da escalofríos pensar que alguna persona aparentemente normal, alguien a quien todos conocemos aquí, en Saint-Just, puede ser… un asesino sin conciencia, capaz, incluso, de matar a una niña…

—Así, es, Yvette. Muchas veces convivimos con un malvado sin sospecharlo siquiera… —Marcel meneó la cabeza, y se detuvo ante la escalera que descendía a la planta baja del recinto hospitalario.

Se volvió a la joven enfermera—. Me gustaría charlar con usted fuera de un lugar que huela siempre a ácido fénico, Yvette. Y que tampoco fuese el cementerio…

—Mañana tengo mi día libre. Si quiere, podemos ir a tomar algo por la tarde. No salgo con nadie desde la muerte de Jules, y sé que eso provocará chismorreos, como ocurre siempre en estos sitios. Pero alguna vez tiene una que empezar a olvidar y tratar de vivir el presente. Dice el doctor François que soy demasiado joven para vivir aferrada a una tumba.

—¿Amaba mucho a Jules?

—Sí, le quería… Era tan jovial, tan arrollador… Todo vitalidad, Marcel. Y ambicioso. Aspiraba a un porvenir brillante. Quería terminar sus cursos de Medicina y establecerse en París cuando estuviéramos casados.

—Eran buenas ideas, sí —asintió Marcel, pensativo—. Lástima que no pudiera realizarlas. Pero cuesta dinero terminar la carrera de Medicina. Y más aún establecerse en París…

—Tenía grandes proyectos, se sentía optimista últimamente. Había hecho unas inversiones y tenía noticias de que todo iba bien. Si las cosas resultaban, era posible que obtuviera beneficios suficientes para cambiar nuestra vida. Es lo que él decía… Y sólo unas fechas más tarde, estaba muerto… —Inclinó la cabeza, ensombrecido su rostro.

—De modo que había buenas perspectivas inmediatas en lo económico… —comentó Marcel—. ¿Poseía suficiente dinero para invertir?

—¿Jules? Oh, no. Pero tenía un amigo inversionista que le hacía un préstamo y le orientaba.

—¿Quién era ese amigo? ¿Lo sabe acaso?

—No. —Yvette le miró, sorprendida—. Nunca lo dijo. Pero ¿por qué me pregunta todo eso?

—Es una simple idea, Ivette. Después de todo, la persona que mató a su prometido pudo ser alguien que estaba con él en el garaje, que puso en marcha el motor, que golpeó a Jules, dejándole inconsciente para que se asfixiara con el monóxido de carbono, y que luego salió, atascando la puerta. Esa teoría explicaría mejor los hechos. Ese misterioso benefactor inversionista podría ser muy bien el asesino.

—Cielos, no se me había ocurrido —musitó Yvette, sobresaltada.

—Hay que pensar en todo, Yvette —oprimió una mano de ella con energía—. Hágame caso, no se fíe de nadie. Absolutamente de nadie. Cualquiera puede ser el asesino… ¿Dónde nos encontramos mañana?

—En la Rué De Gaulle, junto a la Place de le Vieux Moulin, a las cinco en punto —sonrió ella—. No tiene pérdida. Hay allí un pequeño monumento a los franceses caídos en la Segunda Guerra Mundial.

—Allí estaré. A las cinco en punto —prometió Marcel, alejándose de la joven escaleras abajo.

Abandonó el recinto hospitalario. Ya era noche cerrada y no llovía, aunque el aire era frío y húmedo, con frecuentes rachas más fuertes, que agitaban su gabardina y azotaban el rostro con una helada caricia.

No estaba muy lejos del hotel, de modo que emprendió el camino a pie por las calles bien iluminadas, pero totalmente desiertas. Una pharmacie de turno de noche hacía brillar la verde cruz de su distintivo en una esquina. Más allá, un pequeño café cerraba ya sus puertas. Pasó ante un cinematógrafo donde exhibían un film de terror. La sangre aparecía copiosamente, enrojeciendo los afiches de propaganda.

Alcanzó la Place de
L'Eglise.
El aire trajo unos papeles de periódico contra sus piernas. El reloj de la vieja torre —la misma desde donde cayera la infortunada Denise Bonzac—, señalaba las nueve y veinte minutos.

Marcel Ferrand tuvo de repente la impresión de que no estaba solo en la desolada plaza. El café de Le Petit Normand continuaba abierto, y el vaho empañaba sus vidrieras. Miró hacia atrás, sin descubrir a nadie tras de él. Tal vez había sido solamente una falsa sensación No se veía a persona alguna en la calle.

Dobló la esquina de la iglesia. Inmediatamente supo que no había estado en un error.

Y que la Muerte le había elegido a él esta vez como víctima.

* * *

Fue una agresión inesperada, imprevisible.

La sombra humana emergió de las sombras del callejón lateral del templo, la zona más oscura de todo aquel paraje. Inmediatamente. Marcel descubrió la centelleante hoja en las manos enguantadas de su embozado agresor.

Era un gran cuchillo de larga hoja triangular de acero, que se dirigió directamente a su garganta, con la velocidad de una centella.

Marcel hubiera recibido la cuchillada mortal en plena carótida, si no hubiera sido tan diestro y ágil en eludir el ataque criminal. El instinto de conservación, unido a una perfecta sincronización de sus músculos y tendones, le hizo saltar de costado, alzando al mismo tiempo sus brazos para cubrirse.

La punta del cuchillo rasgó su gabardina y su chaqueta, llegando hasta desgarrar la camisa e incluso la propia piel. Notó que la sangre corría, cálida, por su brazo. Tal era la fuerza del golpe asestado, y lo afiladísimo de aquella hoja mortal.

Una sorda imprecación de ira escapó de unos labios ocultos tras el cuello subido de un abrigo amplio y negro que envolvía totalmente la figura agresora. Un sombrero de amplias alas, tapaba el rostro por completo, y nada en aquella forma hubiera servido para identificarla después.

El arma buscó de nuevo a su víctima, pero ya Marcel reculaba, pegado a las grises piedras de la iglesia, la mirada fija en su enemigo. No llevaba nada consigo que permitiera defenderle del ataque del misterioso agresor, y eso le situaba en franca desventaja ante el peligro.

Retrocediendo ante la hoja de acero, tropezó con un poste al que había adosado un cesto metálico para papeles. Trastabilló, y el asesino aprovechó el momento para saltar de nuevo sobre él, enarbolando su temible arma.

Rápido, Marcel aferró el cesto de la papelera y lo arrancó de un violento tirón de su poste, alzándolo a guisa de escudo, y plantándolo ante el cuchillo que se le venía encima.

Golpeó con agrio maullido metálico el acero sobre la malla de metal, embotándose, y estando a punto de saltar de entre los dedos de su poseedor, que de nuevo soltó una maldición, trató de desprender la punta del arma de aquella reja de alambre, y

entonces sí perdió definitivamente el arma, que primero se atascó y luego saltó hacia el asfalto, lejos de su alcance.

Ahora, Marcel ya no temía a nadie. En igualdad de condiciones, era capaz de enfrentarse a cualquiera. Se precipitó sobre su adversario y éste dio media vuelta, echando a correr con rapidez. Se perdió en el callejón oscuro, y Ferrand corrió tras él, gritando con voz potente:

—¡Favor! ¡Al asesino! ¡Cogedle! ¡Está desarmado…!

No cejó en la persecución, pero las callejuelas elegidas por el fugitivo eran las más oscuras y sinuosas del pueblo. Tomó la dirección de les embarcaderos de pescadores, que era la zona más brumosa de Saint-Just. Algunos bares y cantinas abrieron sus puertas, y varios vecinos se lanzaron en pos de Ferrand, a la caza del fugitivo. Oyó el lejano silbato de un gendarme, pero dudó mucho que los subordinados del comisario Dassin pudieran hacer nada práctico en todo aquello.

Finalmente, Marcel se detuvo, jadeante, y miró en torno con gesto de desaliento. Había fracasado. El asesino se le había evadido definitivamente, en aquella carrera por un terreno que él conocía muy bien, y que le reportaba, por tanto, todas las ventajas.

—Lástima… —murmuró—. Hubiera sido mejor terminar de una vez. Ahora, será preciso desenmascararle de otro modo…

Y cuando el gendarme y los vecinos llegaron hasta él, rodeándole agitados, el joven forastero se limitó a encogerse de hombros, señalando las brumas portuarias. Más allá, el canal era un mundo oscuro y frío que se extendía hacia la densa niebla. Entre ellos y esa niebla, un hombre, un asesino, parecía haberse evaporado.

—¿No pudo verle el rostro, *monsieur*? —se interesó el gendarme, tras escudriñar estérilmente los alrededores.

—No, no pude —negó Ferrand lentamente—. Ni hace falta. Creo que sé quién es…

Los vecinos le contemplaron, estupefactos. Marcel, lenta, cansadamente, reemprendió el regreso al hotel tras recoger el gendarme la temible arma blanca del agresor, que envolvió cuidadosamente en un pañuelo, aunque ya previamente le había advertido Marcel de que el agresor llevaba guantes y no era fácil que hallaran en la empuñadura huella dactilar alguna.

Aquella noche, cuando se acostó en su confortable y acogedora habitación del hotel de
L'Etoile,
Marcel Ferrand pasó revista mentalmente a todos los sucesos que habían tenido por escenario Saint-Just desde que él llegara a su pequeña estación en el tren de París.

Y se preguntó si el siniestro enigma hubiera llegado a desvelarse alguna vez, de no estar él en aquel pintoresco pueblo del norte de Francia…

El asesino había hecho un mal negocio matando al viejo tío Claude. Eso iba a costarle ahora la guillotina.

Esa noche, Marcel durmió tranquilo. Sobre todo, después de ver patrullando, frente al hotel de la inefable *madame* Roquevert a uno de los gendarmes del comisario Dassin.

—Buen tipo el comisario —sonrió Marcel antes de dormirse—. Quiere estar seguro de que amanezco con vida. Creo que en justa recompensa, se merece un éxito profesional mañana… Tendré que entregarle al diablo de Saint-Just.

CAPÍTULO IX

Eran las diez de la mañana cuando Marcel Ferrand abandonaba la notaría de *monsieur* Girard. Y en esta ocasión no solamente firmó documentos relativos a su herencia, sino también hizo algunas consultas que obligaron al buen notario a remover legajos en abundancia, hasta que las preguntas hallaron respuesta.

—Gracias, *monsieur* Girard. Ha sido muy amable —se despidió Marcel, estrechando la mano del acartonado notario.

—Ha sido un placer servirle, amigo Ferrand, pero ¿de veras está seguro de que esa información va a servirle para algo?

—Estoy seguro de ello, sí. Usted me ha facilitado las piezas que faltaban para completar un *puzzle* abominable de sangre, de codicia, de odio y de muerte… Nos veremos en otra ocasión.

Se alejó, dejando perplejo al notario. Pasó por la gendarmería, pero el comisario Dassin no estaba allí, y se le informó de que el preso continuaba encarcelado, aunque no había confesado nada todavía.

Ferrand saludó al padre Laborde al pasar junto a la iglesia. La mañana, aunque fría y húmeda, ofrecía un cielo menos nuboso que en días anteriores, y hasta parecía como si fuera posible que el sol llegara a asomar tibiamente en cualquier momento.

El cura se apresuró a aproximarse a él cruzando la plaza. Le detuvo en su camino.

—Me han contado lo de anoche, amigo mío —manifestó—. Pudo haber sido usted la nueva víctima del asesino…

—En efecto, pude haberlo sido, padre.

—Pero yo creí que el culpable era Bordillac. Y él estaba encarcelado anoche…

—Exacto —sonrió Marcel—. Eso prueba que es inocente por

completo. La persona que me atacó aquí anoche, es la misma que encerró a Jules Prevert en su garaje, la que acuchilló a la señora Zotterg, seguramente la que mató a Dupuis aquella noche…

—Y, por supuesto, la que quitó el oxígeno a su tío y estrelló a la pobre niña contra las losas de mi iglesia —concluyó el padre Laborde con un suspiro.

Marcel no dijo nada ni hizo gesto alguno. Parecía estar muy lejos de allí en esos momentos. El cura le contempló, intrigado, y él replicó bruscamente:

—Perdone, padre. Creo que tengo mucho por hacer esta mañana, si queremos que hoy mismo esté resuelto el misterio de Saint-Just, y el diablo que anda suelto se halle entre rejas, sin poder matar de nuevo…

El sacerdote reveló su sorpresa, mientras Ferrand sonreía, palmeando su hombro y reanudando la marcha jovialmente. Entró en el café de Le Petit Normand, y pidió un apéritif. Mientras lo saboreaba, tenía el ceño fruncido, la mirada fija en el teléfono, aquel teléfono que la misma noche de su llegada sonara, empezando a marcar su vida con el signo siniestro de un peligro mortal. El peligro de un misterioso asesino que deambulaba por entre una apacible comunidad vencida por el miedo y la superstición.

Fue a ese mismo teléfono. Hizo girar la manivela para establecer comunicación con la centralilla. Una vez lo hubo obtenido, pidió a la telefonista:

—Quiero hablar con el señor Bonzac, por favor.

—Un momento —le respondieron—. Le comunicaré enseguida.

Sonó el teléfono. Una voz respondió al otro extremo del hilo:

—¿Quién llama? Residencia de los Bonzac.

—Quiero hablar con la señora Bonzac. Es importante. Muy importante, Y urgente.

—Lo siento, señor, pero ella dijo que no se le moles tara por nada. Si quiere hablar con alguna persona. Ella puede recibir luego el recado.

—No, no. Ha de ser ahora. Y personal. Es asunto de vida o muerte. Llama Marcel Ferrand. Dígaselo, por favor.

—Espere —hubo una vacilación en la voz—. Pero no creo que logre nada…

Esperó. No mucho tiempo. Otra voz de mujer, bien timbrada y

serena, sonó ahora:

—¿Dígame? Soy la señora Bonzac, señor Ferrand.

—Oh, menos mal… ¿Está su esposo en casa, señora?

—No, ahora no.

—Menos mal. Quería verla, señora. Lo antes posible. Necesitamos hablar usted y yo. Es muy urgente. Muy importante.

—Yo, lo…, lo siento. No creo que pueda recibirle en este momento. Mi doncella es quien se puso al teléfono. Y sale dentro de unos minutos. Es el día libre del servicio. Mi esposo no llegará hasta media tarde. Está fuera por negocios y…

—Es preciso, entonces, que hoy, ahora mismo, me reciba usted. Tanto mejor si no hay nadie. Lo que debo decirle es algo confidencial y de la máxima urgencia. Se trata de su propia vida, señora.

—¿De… mi vida? —jadeó ella, con tono impresionado.

—Sí, eso dije. Tal vez no exista otra oportunidad, después de todo…

—Está bien. Le espero dentro de una hora. No se demore. Deseo descansar hoy, mientras me encuentre sola. Pero si eso es tan importante…

—Mucho, señora. Su propia vida y la de otras personas, está en juego y depende todo de que podamos hablar usted y yo lo antes posible. A solas, y sin que se entere su esposo.

—Entonces, aquí estaré. No falte.

Colgó Ferrand. Respiró hondo, contemplando el teléfono. Luego, fue al mostrador, terminó su aperitivo y pagó, marchándose del local.

Poco después, tomaba un taxi y emprendía la marcha hacia la residencia de los Bonzac. Cuando llegó, todo parecía exactamente igual que el día anterior, cuando estuvo allí con el comisario Dassin. Pero no vio al jardinero, a la doncella ni al chófer por parte alguna. Tampoco el coche rosa y negro estaba en el garaje, cuya puerta aparecía abierta de par en par.

Avanzó hacia la casa, tras despedir al taxi. Una figura asomó a un balcón, alzando los visillos. Momentos después, se le franqueaba la entrada. *Madame* Jacqueline Bonzac se hizo a un lado con tenue sonrisa y ojos graves.

—Pase, señor Ferrand, por favor —le invitó—. Estaba

esperándole. Ha sido puntual.

—Cuanto antes la viese, era mejor, señora —la siguió hasta una biblioteca confortable y amplia, cuyos muros aparecían repletos de estanterías llenas de volúmenes, trofeos de caza y panoplias con armas de todo tipo. Un hogar ardía acogedoramente, dando un grato calorcillo a la estancia.

Se acomodó frente a ella, y rechazó la oferta de licores o de cigarrillos. Los ojos penetrantes y bellos de la hermosa dama, se fijaban en él insistentemente. Puso sus manos marfileñas, aristocráticas, sobre las rodillas cruzadas. Lucía un vestido sobrio, color cobalto, de terciopelo. Era toda una dama.

—Bien, señor Ferrand —suspiró ella—. Me dijo que era cosa de vida o muerte…

—Y así es.

—Y que yo era quien más peligraba.

—Creo que sí, *madame*.

—Concréteme todo eso, por favor —le rogó la dama—. ¿Qué es lo que sucede? Creí que todo estaba resuelto con ese dibujo de mi pobre hija, con el arresto de ese loco de Bordillac.

—Es lo que todos pensamos. Lo que alguien intentó que pensáramos, y casi tuvo éxito en ello.

—Temo no entender…

—Señora Bonzac, desde un principio me dije que estos crímenes eran absurdos. Un puro disparate. O al menos, lo parecían. Muchas veces, las apariencias engañan.

Pero no siempre. ¿Y si en realidad eran absurdos, carecían de sentido? Entonces, había dos posibilidades: la de que fuese obra de un auténtico loco… o que alguien tuviera un motivo real, concreto, para llevar a cabo todo un juego del absurdo, encaminado a disfrazar los auténticos crímenes que sí tenían sentido. Un truco monstruoso. Pero quien mata dos veces…, no dudaría mucho en matar diez, si con ello alcanza sus propósitos.

—Pero entonces eso… significa que el criminal buscaba algo concreto… —Los ojos de la mujer le miraban con profunda sorpresa e inquietud.

—Exacto, *madame*. Los auténticos asesinatos lógicos tenían un motivo, un móvil definido. No eran obra de ningún loco ni maníaco obsesionado.

—Usted parece olvidar el color rosa, la canción del asesino.

—No, no. No olvido nada —sonrió Marcel—. Simple parte del montaje. Una aparente obsesión criminal, una identidad psicopática y todo eso. El color rosa no significa nada, aunque una vez significó algo. El asesino canturrea esa melodía para que se relacione cada muerte con él mismo… Todo ello forma parte de la farsa dispuesta para desorientar a todos. Existía un móvil. Y como casi siempre, el mejor móvil del mundo para el asesinato… es el dinero.

—El dinero Pero ¿por qué? ¿Quién sale beneficiado con todo esto?

—Con la muerte de mi tío, me beneficio yo. Pero es que a mi tío le mataron simplemente porque el criminal lo tenía muy a mano para completar su juego macabro. Y además, quedaba la nota inquietante de la Maison Rose, para añadir al decorado. No, señora Bonzac. Ni mi tío, ni el vagabundo Dupuis, ni la señora Zotterg murieron por motivo alguno. Eran simple relleno, asesinatos gratuitos que disfrazaban los otros, los verdaderos crímenes.

—Pero… ¿qué crímenes? —Se angustió la señora Bonzac.

—El de su hija Denise, el de Jules Prevert… y el que se prepara en estos momentos. El definitivo.

—¿A qué crimen se refiere?

—Al que tendrá lugar en cualquier momento aquí, en la Maison Bonzac, en su propia casa.

—¡En mi casa! —Ella se sobresaltó, muy pálida, poniéndose en pie—. Me asusta usted, *monsieur* Ferrand. ¿Quién podría desear matar a nadie aquí?

—Señora Bonzac, piense usted un poco. Sé, como lo sabe todo el mundo, que su esposo, Valere Bonzac era un hombre sin un solo céntimo propio, hasta que se casó con una mujer rica y manipuló su fortuna, enriqueciéndose de ese modo. Sé también que la persona heredera directa de los Bonzac, conforme a la ley, era… la pequeña Denise, la hija. Pero ahora, no existiendo ella, el dinero de un cónyuge, pasa automáticamente al otro, si la muerte termina con uno de los dos. ¿Estoy en lo cierto, señora?

—¡Dios mío! —Ella paseó por la estancia, trémula, llevándose las manos a la boca, mirando en torno con repentino terror—. ¿Está usted sugiriendo que… que en estos momentos, mi propio esposo trata…, trata de planear mi muerte? ¿Ha venido a decirme que yo

soy la siguiente víctima del asesino? ¿Que él, Valere, fue capaz de matar a su propia hija?

Marcel Ferrand la miró. Se incorporó muy lentamente. Su gesto era grave, preocupado. Su voz sonó profunda y tensa al hablar:

—Cuando la esposa es quien tiene el dinero, y puede heredarlo una hija que es sólo de uno de los cónyuges, cabe la posibilidad de que el marido desee deshacerse de ambas para que todo pase a ser definitivamente suyo. Sobre todo, cuando esa fortuna suma muchos millones de francos, señora.

—Cielos, es demasiado horrible… —gimió ella—. Valere, mi propio esposo…

—Pero las cosas cambian radicalmente, *madame* Bonzac, cuando uno descubre en una notaría que esa boda con una mujer rica es la primera boda de un hombre casado dos veces. Es decir, que el esposo ha enviudado de su mujer rica, y se ha casado con otra mujer en segundas nupcias. Y que esa mujer es quien, hace siete años, al casarse con ese hombre, pasó a ser madrastra, sólo MADRASTRA, de una niña de dos años llamada Denise Bonzac, hija del primer matrimonio de Valere Bonzac, y heredera legal, por tanto, de toda la fortuna.

—¿Qué…, qué está diciendo? —Palideció ella más intensamente, mirándole con fijeza, y dando unos pasos atrás.

—Lo que usted sabe mejor que nadie, *madame*. Denise no era su hija, sino la hija de su rico esposo, Valere Bonzac. Usted no es la esposa rica, sino la segunda. No le pertenece nada, no posee nada. Pero muerta Denise y muerto su marido, TODO es suyo. Había que hacerlo permitiéndose el lujo del tiempo, de la lentitud, del plan diabólicamente estudiado por su astuta mente, carente por completo de escrúpulos.

—¡Señor Ferrand, está insultándome! ¡Me acusa de… de algo monstruoso!

—Algo monstruoso, que usted ha llevado a cabo. Por dinero, señora. Por dinero, por no soportar más a un hombre que, aunque parece más joven, le lleva a usted más de diez años, y por su desmedida atracción, señora, por los hombres jóvenes, viriles y atractivos… como Jules Prevert, el enfermero del hospital que financia su propio esposo, o como su actual cómplice, el hombre que mató a Jules Prevert cuando éste se hizo demasiado peligroso y

poco manejable para usted, tras deshacerse de mi tío Claude en el hospital…, ya que creo que al vagabundo Dupuis le atacó usted, con un traje de tul rosa, para amedrentarle, y aprovechar su embriaguez para estrangularle fácilmente, aunque él se quedase con un trozo de tul de su vestido, cosa que beneficiaría su fantástica invención del diabólico asesino psicópata y obsesionado con el color rosa…

—¡Todo eso es delirante! ¡No puede usted probar nada semejante, no puede ni siquiera soñar en que alguien escuche esa fantasía disparatada! ¡Vamos, fuera de mi casa! ¡Fuera, enseguida…!

—Creo, querida, que vale más jugar a cartas descubiertas. Ferrand es muy obstinado. Y sé que lo sabe todo. Logrará convencer a Dassin, no lo dudes. Es mejor terminar de una vez por todas… aquí mismo y ahora…

Y de una puerta de la biblioteca emergió con una pistola provista de silenciador, el hombre que había hablado fríamente, interrumpiendo las airadas protestas de la dama.

—Vaya, así está mejor, Lucien Bertrán —saludó irónicamente Marcel Ferrand al joven repartidor de pedidos del almacén de Vanel —. Ya nos vemos todos las caras. Lástima que no llegara a cogerle anoche, cuando me atacó…

—Sí, es una lástima —suspiró el hombre del arma silenciosa—. Ahora, ya no tiene nada que hacer. Voy a matarle aquí mismo. Luego, llevaré su cadáver a alguna parte. Jacqueline y yo vamos a salir con bien de todo esto, apenas caiga el señor Bonzac, no lo dude…

Y el arma apuntó a la cabeza de Ferrand, con la decidida idea de disparar inmediatamente.

* * *

—Yo, en su lugar, no lo haría, Bertrán. Una muerte más no impedirá que la guillotina le deje sin cabeza llegado el momento…

La dura, fría voz de Henri Dassin, cortó como un cuchillo la densa atmósfera de la biblioteca. Bertrán, furioso, lanzó una imprecación, giró su brazo armado hacia la vidriera amplia, que conducía al jardín.

No estaba solo el comisario. Tres gendarmes armados venían con

él como fuerza persuasiva. Lo bastante persuasiva para que el mozo de repartos dejara caer el arma, con una blasfemia ronca, y para que *madame* Bonzac ocultara el rostro entre sus manos, estallando en roncos sollozos. Dassin y Ferrand se cambiaron una mirada. El policía le guiñó un ojo.

—La telefonista me informó de su llamada a esta casa —explicó el comisario—. Sentí curiosidad, y sobre todo cierta aprensión cuando me enteré de que la señora Bonzac acostumbra a hacer pintura naif, y tiene obras en las que imita muy bien el estilo infantil…

—Sí, comisario —asintió Ferrand—. Fue idea de ella hacer ese dibujo en el álbum de su hijastra, para desorientar a todos. La verdad es que el pobre Bordillac es incapaz de hacer daño a nadie… La prueba de que no era un auténtico, dibujo infantil, es que yo lo copié con toda exactitud, sin dificultad alguna. Le faltaba «algo» para ser realmente obra de una criatura. Pero servía para engañar en apariencia. Creo que Bertrán captó esa intención mía al ver la copia del dibujo, y resolvió matarme esa misma noche. Por fortuna, ha fallado ya dos veces en su intento. Y no habrá una tercera. El mayor error de Bertrán fue telefonearme tras dejar el aviso de amenaza en el hotel, temiendo que yo investigara la muerte de mi tío. Eso no podía ser obra del loco Bordillac. Había método en el plan criminal. Y método, significa orden, motivos, un plan racional, no la obra de un maníaco.

—Aprobado —suspiró Dassin, sacudiendo su canosa cabeza apaciblemente—. Tendré que acabar leyendo a Conan Doyle y aceptando el procedimiento deductivo…

—No siempre resulta —rió de buena gana Ferrand—. Pero esta vez sí dio sus resultados. Además, había otras cosas…

—¿Por ejemplo…?

—Por ejemplo, la muerte de mi tío. Sólo pudo intervenir alguien especializado que sabía lo que hacía, que no despertaba sospechas entrando y saliendo en el hospital… Jules Prevert, en suma.

—¿Por qué él, Ferrand? Era un buen chico, en apariencia…

—Pero ambicioso. Y sin escrúpulos. Y guapo. Le gustó a la señora Bonzac. Su marido era el mecenas del hospital. No le costó entablar contacto con él, tener relaciones íntimas. Se hicieron cómplices. Así mataron a mi tío, como antes la señora Bonzac había

empujado a la muerte a su hijastra, oculta arriba, en el campanario, adonde debió atraerla con engaños, y la pobre niña ni siquiera sospechó nada, yendo al encuentro de su madrastra, mientras abajo se aterrorizaba la gente, creyendo que era un simple capricho de la niña. Pero Jules Prevert resultó menos manejable, más peligroso y lleno de ambiciones de lo que su amante imaginaba, y se puso terco en las condiciones del pacto. Ella había conocido a otro macho, al repartidor de pedidos del almacenista Vanel, y lo tenía ya dominado. Le costó poco modelar a su antojo a una bestia sexual y primaria como Lucien Bertrán, y le hizo su cómplice ideal. Bertrán mató a Jules en su garaje, a la señora Zotterg en la iglesia, fingiendo una presencia diabólica, con obscenidades y sangre en las paredes. También me puso el mensaje amenazador en mi cuarto del hotel. Creo que ahí empezó a presentir que la llegada de un sobrino del asesinado Claude Ferrand podía ser un peligro. Luego, me telefoneó desde la Brasserie du Nord, mientras su patrón jugaba al billar, reiterando su amenaza y jugueteando con la melodía que *madame* Bonzac había convertido en leit motiv de unos presuntos crímenes cometidos por un psicópata. Ése fue uno de sus errores. Bertrán era fiel y eficaz, pero demasiado nervioso e impulsivo a veces. Jules hubiera sido mejor cómplice, de haberse sabido someter adecuadamente a su amante. Ahora, la muerte de Valere Bonzac era ya casi un hecho. Uno de estos días hubieran acabado con él. Pero por fortuna, mi método deductivo resultó, comisario. Las pruebas, son obvias ya. El diablo de Saint-Just, ha sido ya exorcizado, no hay duda, ¿verdad? —Y rió suavemente, pero con cierto cansancio.

—Le felicito, muchacho —dijo el policía, sacudiendo la cabeza —. Pero si no lo hago yo a mí modo, por puro instinto…, adiós su pellejo hoy, ¿no es cierto?

—Empate, comisario —rió Ferrand, tendiéndole la mano cordialmente—. Gracias por su oportuna llegada. Creo que me pasé de listo.

—Tal vez no —rió el comisario, bostezando, mientras sus gendarmes llevaban a *madame* Bonzac y a su amante y cómplice, Lucien Bertrán, hacia el coche celular—. Creo que usted lo prevé todo…, e incluso imaginó que la chismosa de la telefonista se apresuraría a comunicarme a mí aquella conversación telefónica…

para que yo llegase a tiempo al tercer y último acto del drama. Tiene usted madera de policía más que de actor, Ferrand…

—No pienso ser ninguna de ambas cosas en lo sucesivo —rió el joven a su vez—. De momento, me quedo a vivir en Saint-Just. No vendo la Maison Rose. Y voy a encontrarme con una chica a las cinco de la tarde. Es posible que termine casándome con ella…

—¿Yvette Leroi? —sonrió burlonamente el comisario, encendiendo su pipa al salir.

—¿Cómo lo supo, comisario?

—Método deductivo —el policía soltó una leve carcajada—. Como ve soy un buen alumno, amigo mío…

FIN

Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada La muerte elige, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy* Cat (Julio Pérez Tabernero, 1973) y El pez de los ojos de oro (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del ISBN aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas La conjura (2009) y La clave de los evangelios. En Morsa ha publicado La noche de América agonizante y su autobiografía, Yo, Curtis Garland.

Notas

[1] Los billetes de diez francos están impresos en Francia con la efigie del músico Héctor Berlioz en ambos lados en la emisión de moneda más reciente. <<

[2] En Francia, los jugadores del equipo de fútbol del Saint Etienne, son conocidos familiarmente con el nombre de les verts (los verdes), a causa del color de su elástica. Recientemente, ese equipo alcanzó una Final de la Copa de Europa. (N. del A.). <<